

# REPERTORIO AMERICANO

CUADERNOS DE CULTURA HISPANA

Tomo XLVII

San José, Costa Rica

1951

Sábado 15 de Diciembre

Nº 12

Año XXXII — No. 1132

## Cómo murió Pedro HENRIQUEZ UREÑA

Le propongo la publicación de lo que sigue en las páginas del *Repertorio*. Afectuosamente.—F. R.

Martínez, (Bs. Aires), 26 de julio de 1951

Señor don Joaquín García Monge  
Repertorio Americano  
San José, Costa Rica

Querido y admirado Dn. Joaquín:

Pedro Henríquez Ureña murió en el tren, repentinamente, cuando desde la estación Constitución de Buenos Aires se dirigía a La Plata a dar sus lecciones habituales. Debía haber asistido ese día a un almuerzo de los amigos de la Editorial Losada, en el restaurant Harrods, no sé con qué motivo, pero prefirió faltar a la reunión amistosa para ir a cumplir con sus obligaciones docentes; durante el almuerzo nos llegó la primera, increíble, noticia del suceso. A los pocos días de su fallecimiento rogué al único testigo presencial, su colega el profesor Cortina, que me comunicara por escrito los detalles de su muerte, para conocerlos yo y transmitirlos más adelante a los amigos del gran humanista y maestro en americanismo, que conservan su recuerdo con piedad y veneración. Se me ocurre que quizá esa información no esté fuera de lugar en el *Repertorio Americano*, que él amaba tanto y que es tan puntual y cuidadoso en registrar todo lo concerniente a la vida es-

✱

piritual de nuestra América.  
Le manda un abrazo su amigo

Francisco ROMERO

\*

Buenos Aires, 12 de junio de 1946

Señor don Francisco Romero

Estimado amigo:

Voy a referirle los últimos instantes de Pedro Henríquez Ureña, como usted me pide. El sábado 11 de mayo de 1946 había tomado yo asiento en el tren a La Plata. Eran las 12 y 15. Don Pedro llegó, como de costumbre, al minuto. Antes de sentarse a mi lado, colocó su sombrero en la repisa del tren. Me dijo: "¿Quiere que coloque el suyo?" Y la acción siguió a la palabra. Tomó asiento tranquilamente. "¿Cómo le va?" —le pregunté. Entonces se llevó a la frente el dorso de la diestra semicerrada, y se desplomó a mi lado. Lo miré sorprendido: pensaba que, antes que otras veces, se proponía dormir un rato. Advertí entonces su rostro ligeramente descompuesto. Después, por cortos momentos, un leve ronquido.

Se agolparon los pasajeros, que a esa hora son muchísimos. Mientras lo sostenía, pedí que buscaran un médico. Lo hallaron y vino, pero todo fué inútil. Nuestro amigo no dió ninguna otra señal de vida. El diag-



Pedro Henríquez Ureña  
Fotografía de Grete Stern

✱

nóstico: síncope cardíaco. Detuvimos el tren y bajamos en Sarandí. Todo había concluido en menos de quince minutos. Hice la gestión oportuna para evitar que ordenaran la autopsia. Conservé por unos instantes, piadosamente, su cartera con libros, deberes escolares, pruebas de imprenta. Sólo se la quise dar a su hermano, cuando vino poco después. Llegó con la esposa y las dos hijas de Don Pedro. El cuadro fué desgarrador.

Su afectísimo,

Augusto CORTINA



Raúl Montero Bustamante

## Un gran escritor uruguayo:

### Raúl MONTERO BUSTAMANTE

Colaboración de Julio GARET MAS

Navío de erguida proa hacia el Naciente; flama de sereno vigor; mano que siembra, recoge y prodiga; así nos representamos la personalidad y la obra de Raúl Montero Bustamante, el insigne escritor uruguayo. Durante el medio siglo, hasta hoy, de su actuación literaria, singularmente proficua, ellas han sido mano, han sido navío y han sido flama, sin asomo de declinación en la actividad, el avance ni el fuego. Fausta hora nos parece, pues, la del cincuentenario, en transcurso, de su *Revista Literaria*, y fecha propicia a una mirada abarcadora que recorra la vastedad de su labor.

Entra tempranamente en la adultez el intelecto de Raúl Montero Bustamante con aquella publicación juvenil donde efectúa una de las tareas—de rector y de guía—que a través del tiempo habían de seguir siéndole gratas. Empeño en que al presente se le

ve aún —y réstale extenso lapso— dueño del brío de antaño, señor de sí mismo, y uno de los gestores indudables de los rumbos de la cultura del país.

Raúl Montero Bustamante, nacido en Montevideo en 1881, erige a los dieciocho años la prenombrada revista de letras, que duró uno escasamente, y poco después *Vida Moderna*, de la misma índole, cuya Dirección comparte con Rafael Alberto Palomeque, literato de altas ejecutorias, que vio la luz de 1899 a 1904, y de 1906 a 1910. No eran, por cierto, publicaciones de tipo común aquellas; vale decir, no constituían una aglomeración heterogénea de artículos sin orden ni concierto, sino integrales revistas de su categoría, con plan, con organicidad, con horizonte, de las que emanaba nítido el criterio de la Dirección sobre textos y letrados, sobre los acontecimientos de proyección es-

piritual, sobre los problemas de la cultura. En los días subsiguientes a *Revista Literaria*, colabora abundantemente en periódicos del Río de la Plata, ya con poemas subjetivos o épicos, ya con narraciones o exégesis, labor diversa que, por acusar madurez prematura, motiva en su oportunidad este verídico aserto de Julio Lerena Juanicó: "Bien podría decirse de este escritor que no ha conocido los baluceos; su pluma tuvo siempre treinta años en sus manos de niño".

Innata dignidad singulariza sus creaciones primigenias. Su prosa le conquista en seguida un lugar en el cotidiano *La Prensa* de Buenos Aires, cuyas columnas honrarían durante cinco lustros sus *Correspondencias*, registro puntual del acaecer literario y artístico del Uruguay. Sus rímas alcanzan de repente la esbeltez formal, la distinción del tono y, a pesar de la inspiración a veces dolida, cierto aire de energía anímica característico de sus páginas líricas reunidas en *Versos* (1900), y de su *Canto a Lavalleja* (1902), opúsculos que concretan su aportación al género poético.

El canto al vencedor de Sarandí —que recitábamos siendo escolares, cuidadosos de ajustarnos debidamente la corbata, y de, a cada culminación estrófica, echar atrás la frente—, es a todas luces un dechado de poesía patriótica cuyo acento robusto le permite hombrarse a momentos con la *Leyenda* venerable (1). En 1905, una editorial barcelonesa distribuye *El Parnaso Oriental*, coleccionado y anotado por nuestro escritor. Abre el libro un prólogo, rico en substancia: *La poesía del Uruguay.—Sus orígenes y su desenvolvimiento*, sinopsis que arrancando de las Invasiones inglesas llega a la promoción de Julio Herrera y Reissig.

Cuanta individualidad de resalte por entonces había —y alguna sin resalte, es inevitable— encuentra cabida en el libro, que reúne piezas y noticias difíciles de hallar en otra parte; sesudas apreciaciones respecto de classicistas y románticos; encomios sin mezquindad y certeras adivinaciones a propósito de los *decadentes* que advenían —logrados, definitivos, o trayendo en la aljaba flechas visibles solamente al ojo zahorí. El conjunto de modernistas que agrupa, reviste, por eso, enorme interés: alternan allí con el apotonida de primer orden, sefiero a la sazón y siempre, el artista impar que había de descubrir luego su camino de Damasco en otro género literario; y el que abandonaría el trato de las musas, absorbido por especulaciones ajenas a las letras. Tampoco se echa de menos al muchacho fervoroso, de aptitud inferior a su entusiasmo desbordante. Pero en todos ardía una chispa del fuego divino en tanto juraban por Verlaine y Rimbaud, Samain y Le Cardonnel; todos depositaban su alma misma en el altar del matiz, la alegoría y la música, cuando abierta y liberalmente los congregó el antólogo.

Lunares incluiría, no es improbable, tal Parnaso, si bien como fuente de consulta no se ha impreso aún el que lo aventaja.

A poco que se observe el cuadro de nuestra vida intelectual, se comprueba esto: coexisten en su ámbito, con los escritores sin raíces, cuya débil savia se exhibe irremediablemente, los de raigambre sólida, que en las literaturas madres tomaron los jugos convertibles en sangre y carne propias, en

eficacia y temblor de su mensaje. ¿A cuál de esos sectores pertenece desde mozo Montero Bustamante? Un breve, sugestivo poema, *Grecia*, inserto en *El Parnaso Oriental*, nos responderá:

*Se agrietaron las columnas,  
se desplomaron los templos,  
y sobre la tierra dórica  
reinó silencio.*

*Vinieron de todas partes  
a ver las ruinas del pueblo;  
el Partenón mutilado,  
el Acrópolis desierto,  
las columnatas caídas  
junto a los plintos severos,  
cual si un rendaval hubiera  
batido al Peloponeso.*

*La procesión de las razas  
desfiló sobre el desierto  
sin conseguir arrancar  
a las piedras su secreto.  
Nadie lo sabrá jamás;  
sepultóse con el pueblo,  
duerme con la raza dorada  
en los regios mausoleos.  
En las colinas de Atenas  
solitario, canta el viento,  
y su voz dice: "¡jamás!",  
y dicen: "¡jamás!" los ecos.*

Precozmente mayor, no se engrió suficiente: debía superarse. Leyó y releó sin descanso, pero no con ánimo ligero, como el que busca simple esparcimiento, sino poseído de una preocupación profunda: la de posibilitar la progresión de sus dones mediante una siempre dilatada cultura. Frequentó a griegos y latinos en su lengua original; reanudó a la vena inexhausta de los clásicos españoles; al Quijote, las Novelas Ejemplares, las Moradas; a la prosa sanguínea y majestuosa de Fray Luis de Granada y las líras extasiadas de Fray Luis de León; lo retuvo la móvil forma de Quevedo y Villegas y la plétora de comprometido pensamiento de Gracián. Atrajéronlo, además, irresistiblemente, los montañeses de Francia (él ha confesado después, cuánto aprendió a amar, de joven, la alígera flexibilidad gala). Llamáronlo asimismo los que ofrecen Italia, Inglaterra, Alemania. Hízose por tal manera su expresión cada vez más suelta y transparente; su visión de las cosas fué afinándose día a día; y de ahí la seriedad de sus juicios y la iluminada donosura con que traslada a la urdimbre de una alocución undívaga la inquietud de su espíritu. Amante del color y la virtud melódica, hábil en la experiencia de arrancar a los vocablos el secreto de sus tintas y matices, y en la de trasponer la puerta de sus misterios eufónicos, Montero Bustamante posee en ancha medida, en cuanto prosista, los dones del pintor y el músico, en especial, creemos, los del pintor. Sus *Correspondencias* reseñan, pintan los sucesos de la cultura uruguaya de 1904 a 1929; gracias a ellas y mediante el amplificador del diario antedicho, supieron las naciones cómo, en la región de sonrientes colinas donde el charrúa comía hasta quedarse dormido, abrigábamos los orientales, anhelos de excelencia moral e intelectual, obedientes a la admonición emersoniana: "Ata tu carro a una estrella". Pero si en su labor de corresponsal iba la impronta de las que se efectúan con afición tenaz y encorazonada, otra reclamábalo a la vez: sus estudios a propósito de antiguos valores literarios y políticos del Uruguay y de los países a los cuales debe el Uruguay aporte decisivo de ideas y sentimientos. To-

da su faena en esos trabajos, eminentemente uruguaya, va de la simiente, a la flor y el fruto. Prodigioso evocador es, en copiosa galería de figuras nacionales, americanas y europeas que bruñó *sin prisa pero sin descanso*, con rigor metódico, asistido de una versación acrecentada de continuo. Gran evocador, sin duda, porque escudriñó en los personajes y circunstancias históricos con ojos limpios; porque percibe en su magnitud el impulso civilizador de los instituidores de nuestro civismo; sus luchas, sus derrotas, sus dolores callados, porque siente como propia la quemante sed de ideal de los escritores y artistas, cualquiera sea su época; porque consigue abarcar en su desmesura el espectáculo de las naturalezas universales, cosa al alcance de muy pocos; porque convoca, en fin, a las sombras epónimas, en la sede del arte severo y del silencio que dijo D'Annunzio, destinando lo mejor de sus horas a redivivirlas, mientras al amparo de la grave y fiel soledad rinde su mente las síntesis más altas.

En 1908, publica la *Semblanza de Carlos María Ramírez*, el constituyente, el reivindicador del "gran calumniado de la historia platense", el revolucionario de los Palmares de Soto, el diarista polémico de *El Plata* y *La Razón*, el ministro de hacienda de Julio Herrera y Obes, cuando las finanzas públicas yacían en ruinas; el austero jurisconsulto, catedrático y legislador cuya oriundez bajo pabellón extranjero durante el exilio impuesto a sus padres por la Guerra Grande, diríase presagio de su destinación a los arduos deberes morales y las trascendentales empresas de bien público.

Es de 1909 su *Semblanza de don Bruno Zabala*, fundador de Montevideo, que compuso a conciencia, yendo a fuentes insospechables y desechando todo dato confuso o incierto. Más tarde ejecuta nuevos perfiles de varones esclarecidos. Materia de sus estudios, a menudo exhaustivos, van siendo en el plano de lo uruguayo, entre otros arquetipos: Fructuoso Rivera, el guerrero indómito, fundador y defensor de la nacionalidad, sol de caudillos; Andrés Lamas, soldado, publicista y hombre de estado, superior al desengaño y el infortunio; Melchor Pacheco y Obes, varón pundonoroso y templado, notable al par por la intrepidez y el ingenio. De ningún rasgo imprescindible carecen estas figuras, que salen de sus manos semejando criaturas vivientes; cada arista de su modo de ser, cada hito de su acción emergen sin ampulosidad pero tampoco descarnados, como retrotraídos que fueron por la magia de la simpatía y la comprensión. Y si excita y enardece al describir exaltadamente el auge cenital de sus héroes, conmueve hasta el enternecimiento cuando consigna sus fracasos, su decadencia, su desasimiento de bienes y lauros. Sorprende la sutilidad con que relaciona y liga sucesos, vincula épocas, aparta malezas que ocultaban el derrotero de un hombre o una generación; y cómo, tanto o más que su acción externa, delinea sus diferenciaciones temperamentales. De Frutos Rivera ha concebido una semblanza cabal y completa. Veamos cómo imagina al patricio en su hora meridiana: "Estaba en la plenitud. La noble cabeza caucásica, virilmente erguida sobre el tronco fino y nervioso, proclamaba la pureza de su raza y de su hidalga estirpe española, que ya había figurado con lustre en la historia del Río de la Plata. La intemperie no había atezado su ancha y pálida

(1) *La Leyenda Patria*, de Juan Zorrilla de San Martín.

fr nte, sobre l. cu. c. f. p. ón de la  
cabellera oscura, cuyos tufos, al avanzar ha-  
cia las sienas, recuadraban el rostro vigorosa-  
mente modelado. El leve ceño, más pen-  
sativo que adusto, la amplitud de los arcos  
superciliares cubiertos de pobladas cejas, la  
nariz borbónica y el fuerte mentón acentua-  
ban su masculinidad e imperio. El dejo de  
melancolía que se adivinaba en la mirada  
límpida y serena de los ojos pardos no lo-  
graba ser borrado por la traviesa sonrisa  
que, a menudo, plegaba sus labios, fina y  
graciosamente dibujados. Era de noble ta-  
lla; energía de cuerpo y alma, dignidad y  
autoridad trascendían de su persona: de su  
hermosa cabeza, de su recio tronco, de la  
expresión de sus movimientos, de la elasti-  
cidad y fuerza de sus miembros, de su eléc-  
trica mirada, de su palabra cálida, de sus  
maneras simples y espartanas, de su acti-  
tud afable, a veces reservada, a veces im-  
ponente, siempre serena, signo este del do-  
minio de la sensibilidad y de la virtud so-  
berana del valor.

¿Es posible mejor definición del gaucho,  
del baqueano y del jefe? Después de estos  
trazos definitivos, las hazañas del prócer, su  
apogeo, sus vicisitudes. Convendría aquí, a  
objeto de no dejar idea un tanto vaga de  
esa monografía magistral, la inclusión de  
otros dos o tres pasajes de ella, aunque sig-  
nificaría —fragmentación al fin— una in-  
tención más o menos fallida. Retrotraigamos  
uno siquiera, sin embargo: el que relata el  
último regreso de Rivera a la dulzura de  
sus lares. Doña Bernardina ha salido al en-  
cuentro del compañero librado constante-  
mente a la aventura y el riesgo. Recuer-  
dos... Temores... Ternura... La esposa abne-  
gada, que Montero Bustamante ha pintado  
con la reverencia que pone siempre en sus  
retratos de mujer, mira inquieta la lonta-  
nanza que ha de restituirle al ausente, acaso  
mustio, derrotado; enfermo quizás. Narra  
así el evocador: "En las asperezas de Man-  
savillagra, ella divisó una fuerza de caba-



**"SELECTA"**

La Cerveza  
del Hogar  
EXQUISITA Y SUPERIOR

llería que avanzaba haciendo escolta a un  
carruaje. Creyó al instante que iba a abra-  
zarle, pero el coche venía cubierto de ne-  
gros paños y sobre las banderolas de los  
lanceros que lo custodiaban flotaban fúne-  
bres crespones.

Cuando el cortejo se aproximó, uno de los  
enlutados lanceros se adelantó a gran galo-  
pe y dió a la soledad este grito: "El General  
ha muerto!"

El cuadro es más grande y primitivo que  
la escena homérica. Andrómaca sale con la  
muchedumbre a las puertas de Troya, a re-  
cibir el cadáver de su esposo Héctor; al ver-  
lo se lanza sobre él, estalla en gritos de do-  
lor, y, en medio de su desesperación, se  
arranca los cabellos. Esta otra heroína tro-  
pieza con el cadáver de su esposo en medio  
de la soledad del campo, y aun cuando se  
siente morir de dolor, se bebe las lágrimas  
y vuelve con él silenciosamente a la ciudad  
para darle sepultura".

(Concluirá en la entrega siguiente).

**"EL GREMIO"**  
ANTONIO URBANO M.

TELEFONO 2157  
APARTADO 480

Almacén de Abarrotes  
al por mayor

San José

Costa Rica

**¿Decadencia de Europa?**

Colaboración de Pedro CABA

...Y suenan por todas partes voces de acen-  
tos proféticos que anuncian la caída de Eu-  
ropa... Otros dicen el hundimiento de Occi-  
dente, pero el término "Occidente" no se  
sabe dónde empieza ni dónde termina geo-  
gráficamente... Y hay quién dice que no es  
la cultura europea (expresión de cintura no  
menos imprecisa) sino la cultura toda del  
mundo la que catastrófica e irremediable-  
mente se va. Y en efecto, palabras y gestos  
apocalípticos nos llegan de América tanto  
como de Europa. Ya no son sólo Spengler,  
Berdiaeff o Huizinga, quienes predicen la  
llegada de las sombras sobre el alma euro-  
pea, ya son muchos los que afirman esta  
posibilidad y aun la certifican como inmi-  
nente, deduciéndolo quizás de ciertos acon-  
tecimientos políticos. Pero, en general, la  
causa de esta caída suele señalarse como  
mucho más profunda que la mera contin-  
gencia de una política europea mejor o peor  
llevada. Es precisamente esa debilidad, esa  
política mal llevada por los países rectores  
de Europa, la que se atribuye a causas hon-  
das, viscerales, que hacen pensar en la se-  
nilidad o la incapacidad de Europa para  
salvarse.

A veces se encuentra uno con cabezas de

mente fina, como el filósofo peruano Alber-  
to Wagner de Reyna, que ni siquiera dis-  
cute ya la posibilidad de esa decadencia del  
hombre europeo, sino que, dándola por su-  
puesto, se pregunta: "¿Querrá, en fin el es-  
píritu soplar con igual intensidad en Amé-  
rica cuando Europa deje de ser el foco de  
la cultura? ¿Dispone América de los medios  
portadores, transmisores y creadores de cul-  
tura para ello?" En estas palabras, la visión  
sombria sobre Europa se funde y confunde  
con un exceso de humildad que lleva al fi-  
lósofo a pensar que América puede no estar  
preparada para recibir el legado de la cul-  
tura del mundo. Esto no es lo predicho por  
Spengler ni lo anunciado como "sentido de  
la Historia" por Nicolás Berdiaef, pues el  
primero habla de la "decadencia de Occi-  
dente" en el sentido de haber llegado Eu-  
ropa el tramo final a la etapa de civiliza-  
ción tardía en que las culturas sucumben,  
según un decurso biológico y aun botánico  
de todas; y el segundo, por su parte, prevé  
al fin de la Historia, como la desemboca-  
dura de lo humano en lo divino, pero no  
prejuza que con el fin de Europa sobre-  
venga el fin de los tiempos de la Historia.

Hay quien opina, como el profesor de la

Universidad de Yale, Northrop, autor de  
*The Meeting of East and West*, es decir *El  
encuentro del Este y el Oeste*, que en Amé-  
rica se encontrarán todos los pueblos pa-  
ra recibir la lumbre iluminatriz de la cul-  
tura. Y esa luz vendrá con un nuevo auge  
de la razón y sus verdades científicas y fi-  
losóficas, esas verdades que Europa ha aban-  
donado, pues para Northrop, la causa de la  
decadencia de Europa está precisamente en  
el alejamiento del hombre gobernado por la  
razón, y la adopción de las teorías como  
la de la intuición, lo mismo en Bergson que  
en Scheler, las teorías existencialistas, tan-  
to de Kierkegaard como de Sartre o Heideg-  
ger. Para Northrop toda la tradición cul-  
tural europea se sustenta, a partir de los fi-  
lósofos presocráticos, sobre los supuestos ra-  
cionales. La intuición, según él es oriental;  
lo racional es europeo. Y el peligro está, no  
en que el intuicionismo o el existencialis-  
mo sean falsos como sistemas filosóficos  
sino al revés, en que, siendo verdaderos,  
pueda creer el hombre occidental que sólo  
ahí radica o anida la verdad, y no en la  
ciencia y la filosofía fundadas en la razón.

Por su parte, un pensador báltico, Walter  
Schubart, en un libro que se ha traducido  
ya al español, *Europa y el alma de Oriente*,  
prevé, para tiempos próximos el final de  
Europa, si antes no surge el hombre nue-  
vo, el hombre que ha de cambiar el senti-  
do del odio y de la lucha, por impulsos de  
amor y concordia. Para él, la historia de  
Europa se ajusta en todas sus fases a uno  
de estos dos tipos de hombre: el hombre  
prometeico, el hombre rapaz, de presa, que  
sólo busca sus hallazgos en la tierra, por  
medio de la ciencia, de la lucha, del botín,

de la filosofía racionalista, irradiándose frenéticamente tras de los descubrimientos geográficos o científicos, del impulso guerrero o filosófico, y el hombre de la edad gótica, el hombre medieval, el hombre de amor, el que vive con la mirada puesta en lo alto, hacia el cielo y lo divino; es el que llama Schubart el "hombre yoánico", el hombre que sólo transpira fe, lealtad y amor, como

San Juan, el tierno y leve discípulo del Señor. De ese discípulo toma el nombre de "yoánico" o "joánico". El fundamento y el sentido de la decadencia europea es, pues, para Schubart, muy claro: Europa se ha entregado al hombre prometeico, olvidándose del hombre yoánico y medieval. Se ve que es una doctrina de signo opuesto a la de Northrop. Pero lo curioso es que, aun-

que cada uno ve una causa distinta de decadencia en Europa, aunque aducen un motivo diverso de ella y aun un modo distinto de entender la crisis, todos coinciden, sin embargo, en diagnosticar que Europa entra en una Edad Media y que el apagón del hombre europeo es cierto, próximo e inevitable.

Valencia, España. 1951.

### Con permiso . . .

México, D. F. 12 de noviembre 1950  
Sr. don Joaquín García Monge,  
Director de Repertorio Americano.  
San José, Costa Rica

Mi querido don Joaquín,

Le mando, venciendo naturales escrúpulos (frase de mi abuelo Jenaro en el prólogo de uno de sus libros) el poema que sobre el tema de la Provincia obtuvo el tercer premio en un sonado certamen literario celebrado el año pasado en la Ciudad de Saltillo, Capital del Estado de Coahuila, para celebrar el centenario de la muerte del recordado cantor de Rosario, Manuel Acuña. Pensaba dejarlo inédito para incluirlo más adelante en volumen con otros poemas de temas natales, pero circunstancias brillantemente anecdóticas me obligan a enviarlo a Repertorio.

Dos alegrías obtuve con esta intervención lírica: el haber provocado el regreso a la poesía de mi tío Rafael Cardona, quien por más de veinte años discriminó "al fuego vivo" el tratamiento de las musas —señoras muy coquetas aunque honradas— y el haber tenido la sorpresa de desprender, del gran poeta americano Carlos Pellicer —quien obtu-

vo el segundo premio en el certamen de marras— una declaración definitiva sobre mi poema, que le mando en recorte tal como apareció en El Nacional de México.

Pellicer, extraordinario pintor verbal y gran vanidoso, no tuvo empacho en afirmar públicamente los posibles valores de mi trabajo, rompiendo el canto que escribió a la Provincia después de leer el mío, en un gesto muy romántico y muy noble, que recuerda el de Darío frente a Juan Ramón Molina, tal como nos lo ha transmitido la leyenda.

El certamen en cuestión animó la participación de los mejores poetas mexicanos y extranjeros residentes en la capital azteca, pues no se trataba de unos Juegos Florales "al uso", con versitos a la reina y demás carambainas, sino de un verdadero torneo de inteligencia alrededor de un tema profundamente terrenal: la Provincia.

De más está decirle que toda interpretación "política" en este asunto sale sobrando, pues el jurado estuvo integrado por personas que tienen de comunistas lo que yo de hindú. Precisamente este atribulado servidor, que peca de izquierdista y admira la transformación social sin recibir oros de Moscú, escri-

bió un poema según la sensibilidad lo dictaba, resultando un trabajo que nada tiene de comunista, lo cual me aflige.

La Provincia es americana y universal, pero también la Provincia es localista, celosa y umbilical: por eso los primeros premios —y es defecto— se entregaron "a los de la casa".

No he tomado el caso en forma trascendental, pues ni mi edad ni mis condiciones me permiten el lujo de subirme a los grandes pedestales del orgullo tradicional, ni me he sentido defraudado por los resultados concretos de la aventura que le comunico. Conozco mis fuerzas y mis limitaciones, y buena parte de América sabe que soy poeta por nacimiento. De manera que, así surjan silencios ominosos o rabillos discriminatorios, no por eso dejaré de realizar mi obra, convencido de que el destino es uno y la veleidad castigable.

Publique usted, siempre tan generoso, esta carta y el poema adjunto, para llenar la anécdota del todo y cumplir una peripecia legítima.

Su devoto amigo, que mucho le admira,

Alfredo CARDO

Carrillo Puerto 34-6, Col. Anáhuac,  
México, D. F.

## Elogio de la Provincia

Por Alfredo CARDONA PEÑA

(Primera parte)

Poema laureado "en último lugar" en el centenario de Manuel Acuña

La Ciudad es la cita patética del viento,  
la reunión de las piedras y la frente del mármol.  
Los hombres la construyen sobre la sangre, llegan  
de los campos nutritivos, conduciendo  
las primeras murallas a la aurora.  
Cuando el hombre construye la Ciudad, es alegre  
Canta el honor de alzar los monumentos,  
bautizar las estatuas  
y abrir el ancho grifo de las rúas.  
Hay un día, sonoro en multitudes,  
en que la cita con el mundo es bella.  
Ecuménicas manos se levantan  
y del pasado, sobre las lagunas  
de los dioses caídos,  
nace la frente mágica del hierro.  
Cuando el hombre termina de construir,  
es amargo.  
Flecheras torres, sueños con espinas,  
hieren a flor de piel sus heroísmos,  
y una compacta nube de sirenas  
acongoja sus sueños. Millones de guadañas  
siegan el ocio activo de las horas;  
lenguas extrañas ajan la pureza  
de los vinos maternos, y se lucha

por conquistar un sitio a los jardines  
y recibir la bendición del aire.  
El hombre no abandona fácilmente sus torres,  
porque en ellas,  
se dan los triunfos y se labran nombres.  
a semejanza del árbol invicto,  
El hombre es vanidoso.  
Mas los carros que traen la luz de la simiente,  
y las mieles virgíneas y los granos  
que abastecen la sangre, le conversan  
de los reinos profundos.  
Sólo con este diálogo es posible  
la unidad de una Patria.  
Por alimento y sangre es como el hombre  
penetra en su destino,  
al horizonte envía la mirada  
y honra el misterio grávido del fruto.  
Aquí está la Provincia,  
su intacta, pura forma.  
¿De dónde su fontana silenciosa,  
qué magnético hechizo, cuál idea  
envuelve su cercana lejanía?

La Provincia es la madre de la Ciudad: en ella

reposan las virtudes manantías,  
 el viento azul, los bosques elocuentes  
 y la niñez inmácua del trino.  
 Sin la Provincia el hombre no podría  
 salvar sus aposentos iniciales,  
 porque el hombre  
 ha llegado del fondo de la tierra,  
 del misterioso mar de las especies,  
 y ángeles viejos en su voz navegan  
 con un sabor a musgo y a campana.  
 El rizo deslumbrante, la voz pura,  
 el gozo de los días va cayendo  
 sobre esta geografía luminosa,  
 y a la Provincia vamos porque es nuestra,  
 porque en su río de esplendor nacimos,  
 y porque en ella al fin nos encontramos  
 oliendo a piel mojada y a ciruelo,  
 a barro puro y tierna madrugada.

(Desde una soledad en que diviso  
 la fuga del neón, el asfaltado  
 y el día a la parábola insumiso,  
 yo canto el mundo mío sosegado.

Me das, Provincia, tu primer aviso  
 con un golpe de sol inesperado,  
 y corro a tu ferviente paraíso,  
 explícito, cordial, enamorado.

No hay cosa como andar bajo tu abrigo  
 acompañando lo que más se ama.  
 Provincia, mira bien lo que te digo:  
 Mi voz, alimentada con tu aceite,  
 quiere ser el alcuza de tu llama.  
 Enciende, pues, y mírame el deleite.)

*La Provincia es la Infancia.*  
 Decir la infancia es recoger la lluvia  
 y madurar un cielo con las manos.  
 Regresar a la infancia es tener una llave,  
 tomarla, abrir jardines,  
 largamente dormir sobre el pecho de un sueño.  
 Recordar a la infancia es flotar en las aguas  
 como la canastilla de Moisés,  
 y llenarnos de almendras y fantasmas  
 y escarbar en la tierra hasta dar con los huesos  
 de un ángel.

Casas de la Provincia  
 olorosas a pájaros nupciales,  
 moradas de mi tacto, viejas casas  
 entre la madrugada despertando  
 con niños nuevos y panes antiguos:  
 os amo porque soy de vuestros muros.  
 Diré, limpios geranios intachables,  
 ventanas de las almas, casas más,  
 el inefable azoro de las rejas  
 y la desolación de los mutismos.  
 Vosotras, oh moradas terrenales,  
 el recuerdo guardáis, los alimentos,  
 la ropa del domingo y los amores  
 primerizos de enero, cuando el viento  
 hace danzar los rojos cafetales.

Un día entre vosotras enfermamos.  
 Nos visitó la muerte y escuchamos  
 el sollozo nocturno en los cancelos:  
 trenes que pasan, gotas que se caen,  
 relojes como cirios en lo oscuro...

(Subían y bajaban los termómetros.  
 Los buzos se metían en las aguas,  
 llegaban con sus trajes de planetas  
 a tocarnos el pecho, nos punzaban,  
 luchaban con dragones y subían  
 de nuevo a las estrellas,  
 dejándonos en medio de los mares.)

*La Provincia es la casa en que nacimos.*  
 No hay en ella escultura, sino aliento;  
 así la prehistoria,  
 cuando un vapor subía de la tierra.

(Nuestros padres danzaban en lo oscuro  
 como demiurgos entre las montañas.)

La casa en que nacimos tiene apenas sabor:  
 sabor dulce y perfecto, un gran labio tocando  
 labios blancos, panales.  
 Un gran labio besando  
 los callados envíos de la tierra.  
 Después se va agrandando, y al bautismo  
 sonrío con escudos y guirnalda en flor:  
 lindo recinto con trompetas,  
 lleno de sol, de cal y Mona Lisa,  
 donde beben rocío los caballos  
 y un racimo de niñas  
 voltean los domingos la campana mayor.  
 Esta casa sin duda es la más bella.  
 No sé cómo decirlo.  
 En ella ocurren todos los misterios  
 el estreno del ojo, la absoluta  
 complacencia del tiempo...

(Orquídeas florecían por octubre,  
 los temblores de tierra eran por marzo.  
 Festivales de higos y duraznos  
 preparaba un cabello ceniciento,  
 y había un gran ropero como un barco,  
 y desfiles obreros con hormigas  
 y un bigote de abuelo como un ánsar.  
 Los gallos con la luz se homenajearon  
 repartiendo horizontes en bandeja )

*La Provincia es la fuerza que sostiene  
 la bondad de la Patria.* No hay reposo creador,  
 no hay energías,  
 capaces de asumir este milagro.  
 La Ciudad es la cita de las razas,  
 sembrada está de cables elocuentes.  
 mas la Provincia añeja la verdad de la sangre,  
 regala los estilos y prepara  
 el futuro vigor de la columna.

(La plenitud solar de la manzana,  
 la vida fiel, la página insurgente  
 y el niño que festeja la campana  
 vienen de ti, reposan en tu frente.

Si has dado al mundo la riqueza humana  
 el mundo es como el cielo de tu mente,  
 oh madre azul, taller de la mañana,  
 honor y madurez de la simiente.

Por eso eres la Patria, porque llevas  
 un callado propósito de lucha  
 y avientas el tesoro de las glebas.

Tu pensamiento tiene forma de atrio,  
 y bajo el sol de tu quietud se escucha  
 latir el corazón del suelo patrio.)

*La tierra provinciana es la más dulce.*  
 Hay tierras de mirar, hay otras tierras  
 para viajar, soñar, danzar amores;  
 pero la tierra provinciana es honda  
 sosegada y amante.  
 Es la única tierra que nos mira,  
 la única del hombre, la más fuerte.  
 La cal de nuestros muertos está en ella.  
 Novias difuntas, niños que no fueron,  
 madres dormidas, como soles vivos,  
 suben a inaugurar todas las rosas,  
 apresuran la miel, doran el trigo  
 y tiemblan en los astros musicales.  
 La tierra provinciana es la más dulce.  
 Su reino habitan los misterios  
 como una isla toda verde  
 y su yacer es tan fecundo  
 como la noche de la flor.

(Debajo de mi tierra está mi madre:  
 su cuerpo subirá por los rosales,  
 su cabellera mecera el octubre.)

*En la Provincia está la adolescencia.*  
 Con los años se vuelve tan inmensa  
 que en ella nos miramos como tierra  
 hospedada en la uña de un gigante.  
 Ya tiene calabozos con problemas,  
 ventanas para abrir sólo tinieblas,  
 y se encuentra tan lejos de los barcos  
 que el correo lo traen las neblinas.  
 Qué nostalgia de río y alacena.  
 Nuestros mapas se entregan a piratas,  
 la colección de grillos es vendida;  
 diez hadas, con sus nardos elocuentes  
 mueren, quemadas vivas, una tarde.  
 Para colmo de males va Deifilia  
 mirándonos de un modo inexplicable  
 y soñamos de día con sus trenzas  
 y acudimos a misa con el miedo  
 de sorprender en llamas su corpiño.

No hay dolor comparable al de los lirios.

*En la Provincia está la primer novia.*  
 Ella una tarde nos miró tan hondo  
 que desde entonces nuestros ojos llevan  
 la nostalgia perpetua de los lagos.

Niña del viento, poma del verano,  
 casi de nube en las haldas monteses,  
 que nos dejó la verdad del rocío  
 y se casó con un hijo del bosque.

*En toda juventud va la Provincia.*  
 Los jóvenes más puros son de tierra  
 y provincianas son las almas  
 que han sembrado los libros y las mentes.  
 ¿De dónde nos llegó Manuel Acuña  
 y su canción de tréboles amantes?  
 ¿Quién dió a Ramón harinas eficaces  
 y a Salvador la voz ultramontana?  
 ¿De dónde son los Héroes,  
 el corazón enhiesto de sus llamas?  
 Son del silencio mágico del día,  
 vienen de las aldeas soñolientas,  
 del viejo mar, de las azules minas.  
 Tú los hiciste, Madre perdurable,  
 Madre nuestra que estás sobre todas las rosas.  
 Tú los hiciste con lluvia y amores,  
 con remotos abuelos y doncellas de pino,  
 y a la Patria los diste, a la Ciudad, al mundo,  
 transparente y humilde como el río  
 que acaricia tus senos de montaña.

La juventud es diáfana cual brisa  
 de diciembre festivo,  
 cuando el pueblo se viste de luciérnaga  
 y hay una animación de cien bujías  
 esperando las doce.

La juventud es noble como el campo  
 que afanan los gañanes polvorientos,  
 como los pechos rústicos y el alma  
 de las cosas sencillas

La juventud es mágica y andante.  
 La Provincia está en ella, y a su aliento  
 florecen los vigores esenciales.

(Voy hacia ti, Provincia, porque has hecho  
 mi juventud a imagen de la Sierra:  
 con el granizo pájaros entierra  
 y con el sol se condecora el pecho.

Observa lo pajizo de mi techo,  
 repara "la color": soy tan de tierra,  
 que al no llover la mano se me cierra  
 lo mismo que garganta de barbecho.

Mi juventud, un árbol junto al río,  
 un pino azul, un gavián de caza,  
 la música heredó de tus rumores.

Hago con el recuerdo un caserío,  
 y vivo anocheciendo mis amores  
 como si fuera el kiosco de tu plaza.)

*La Provincia es el alma de los hombres maduros:*  
 con el otoño el hombre se incorpora  
 definitivamente en el paisaje.  
 La madurez convoca los reposos fecundos  
 y ama los testimonios del origen.

En la Provincia hay una luz profunda.

En la Provincia abrimos universos de oro,  
 formas de sorprendentes lejanías  
 y catedrales de llantos azules  
 en cuyas naves flotan los olvidos del mundo.  
 Entre las grietas, sobre los himnarios,  
 se acurrucan los siglos. Formas sanguinolentas  
 tiemblan en la penumbra de los nichos. Aquello  
 es la corona trágica del sueño,  
 la plenitud solemne y la victoria  
 de unas piedras oscuras,  
 sobre las cuales ha pasado el tiempo  
 lavando los misterios con furor silencioso.

*Si en la Provincia nacemos,  
 en la Provincia morimos.*  
 Salen los hombres, salen al dinero,  
 arriban a las grandes energías del humo  
 viven en el cemento y se coronan  
 de agresivas guirnaldas. Pero un día  
 recuerdan los natales crepúsculos,  
 el lecho tibio, las viejas campanas;  
 recuerdan nombres, difuntos, orquídeas,  
 diminutas presencias del olvido,  
 y entonces, como el ave que presiente la noche,  
 estos altivos hombres de la ciudad regresan  
 a dormir en tus brazos, oh Provincia,  
 porque el otoño trae el regreso al origen,  
 la reconciliación con uno mismo,  
 y morir en la tierra que nacimos es dulce:  
 su amoroso misterio comparten los rocíos  
 y su ternura envuelven las savias maternas.

(La 2ª y última parte, en la entrega siguiente).

*El poema de Alfredo Cardona Peña sobre el tema  
 de la provincia, enviado hace dos meses al concurso de  
 Saltillo, es el mejor trabajo que se envió a dicho  
 certamen. Merecía todos los premios, sin faltar uno  
 solo; flor natural y todos los demás. Su gran belleza  
 en todos sentidos, me obliga, de todo corazón, a opi-  
 nar así.*

Carlos Pellicer

## Las actividades culturales

(Es un editorial de *La Nación* de Bs. Aires. 8, Julio, 1951)

Ha entrado en las prácticas administrativas como un hecho legal, sin serlo, la fiscalización policial de todas las reuniones de muchas o pocas personas en local cerrado, así se trate de conferencias culturales o de las sesiones de cualquier corporación o congreso científico. El permiso previo solicitado con larga antelación a la policía, la cual puede concederlo o negarlo, es indispensable, siendo motivo su gestión y obtención de serios cuidados e inútiles molestias para las instituciones de cultura que celebran regularmente conferencias públicas con har-to sacrificio de sus sostenedores.

Pero más mortificante todavía es la presencia acostumbrada en dichas reuniones, además del agente uniformado, del empleado o la empleada policial que toma nota de cuanto se dice en la sala del congreso o en la conferencia. El espectáculo que ofrecen estos empleados se prestaría a reflexiones risueñas si el asunto no fuera demasiado grave. Su presencia es notada aún en rutinarias lecciones de aula. A veces, obrando sin ocultación, otras disimuladamente, el agente policial destacado a menudo por secciones que, como la de Orden Social o la titulada de Orden Gremial, tienen muy escasa atención con las actividades de una sociedad de geografía o un centro de estudios literarios, muéstrase al ojo malicioso de los circunstantes como el oyente más atento y fervoroso. Sería difícil saber de cuáles cosas toma nota que puedan interesar a la policía. O qué propósitos subver-

sivos sospecha ésta que puedan desiluzarse en una disertación sobre física nuclear o sobre el existencialismo. El temor de que exposiciones sobre el teatro de Pirandello, el arte abstracto o la tercera dinastía faraónica constituyan mensajes cifrados es algo que no se explica. Tampoco se justificaría esta recelosa vigilancia aunque quedara circunscrita a las materias históricas, jurídicas, económicas y sociales, pues no hay nada más conveniente a la ilustración de un país y a su progreso que la contribución de los entendidos a valorar el pasado y examinar las instituciones políticas y civiles y los medios de conservar y acrecentar la riqueza de la Nación.

¿Es la difusión de la cultura cosa tan merecedora de desconfianza y aparente hostilidad? ¿Las conferencias científicas, históricas, literarias y artísticas caen en la órbita de los actos que amenazan el orden social? Son preguntas a las que no se les adivina una respuesta satisfactoria. Y si esa respuesta fue dada, es dudoso que prestigiara el concepto que en un país como el nuestro, democrático y constituido conforme a una larga tradición de libertad del pensamiento, debe tenerse de las funciones policiales. Cabría una sola suposición favorable: que las autoridades de la institución vigilante persigan por este procedimiento educar intelectualmente a sus empleados, extendiendo los conocimientos de éstos en los distintos ramos del saber y completando con la colaboración de las instituciones privadas la meri-

toria obra educativa que realizan sus escuelas oficiales de aprendizaje y preparación de los servidores del orden público. Pero si fuera así, los encargados de estas tareas docentes deberían coordinarlas mejor a fin de que rindan todos los frutos esperados de tal sistema de enseñanza libre. El agente que escucha en un mismo día tres conferencias heterogéneas sobre la metapsíquica, la civilización sumeria y la predestinación y la gracia corre el riesgo de crearse una peligrosa confusión mental. Nadie daría gran cosa por su cuadernillo de apuntes, pues en él las nociones deben por fuerza enredarse, atribuyéndoles a los conferenciantes ideas que nunca tuvieron, de modo que acaso aparezca como practicante del espiritismo el sacerdote católico o creyentes en un solo Dios los habitantes de la Mesopotamia tres milenios antes de Cristo. Una especialización se hace necesaria, aunque deba desecharse la hipótesis favorable; pues, de persistirse en el injustificable y mortificante procedimiento, lo menos que puede pedirse es que aquéllos que lo ejecutan sean fieles relatores de lo que escuchan.

La cultura argentina se enriqueció siempre con contribuciones y estímulos llegados de todos los sectores sociales. La intimidación que se ejerce sobre ella, queriéndolo o no, por los procedimientos antedichos, no puede sino esterilizarla. Cualesquiera que sean los propósitos que persiga la policía con su obstinada vigilancia, los que hemos procurado adivinar por vía de sucesivas conjeturas, nunca equipararán, por excelentes que se los suponga, al daño que causan a la cultura, cuyo desarrollo no se concibe sino en el seno de la libertad y la confianza.

## PUERTO RICO en su AMÉRICA

### El mensaje y el retrato

Por Juan ANTONIO CORRETTJER

(En *El Imparcial* de San Juan, Puerto Rico. 22 Setbre. 1951)

Mr. Truman, Presidente de Estados Unidos, ha enviado un mensaje a la reunión que, desde el pasado 17, intermitentemente vienen celebrando en el capitolio unos noventa y tantos hijos del país. El mensaje tiene retornelos de envuelta letanía. Esa expresiva reincidencia no tiene otro objeto que demostrar cómo en Puerto Rico es esclavo solamente quien desea serlo. Quien no desea serlo tiene, por regla general, otras alternativas. Puede fracasar en el ejercicio de su profesión; estar desempleado; resignarse a perder sus propiedades; andar bajo el ojo constante de Seguridad Interna (o del FBI); tomarse unas vacaciones en La Princesa; pasar hambre; recoger un tiro en el cerebro, o un chorro de tiros. O puede ser candidato a cualquiera de esas alternativas. Hay a escoger.

Es evidente que los hijos del país a los cuales viene dirigido el mensaje se han ganado la estallante simpatía de Mr. Truman. Sucede —como se sabe— que el Congreso de Estados Unidos tiene el poder legislativo que no tiene la legislación colonial, y, usándolo, aprobó una ley numerada 600. Las líneas generales de esa ley —que peritos en la materia aseguran es de las peorcitas que ha aprobado el Congreso de aquel país— fueron esbozadas hace varios años en públicas declaraciones que hiciera el difunto Roosevelt. Por vía de esa ley el Congreso de los yanquis ordena a algunos hijos del país que se reúnan en algún lugar para que traduzcan al vernáculo puertorriqueño la Ley

de Jones aprobada por aquel Congreso en 1917, y hasta que le añadan tres nombramientos que el susodicho Congreso ordena. Para eso se reúnen los obedientes. Mr. Truman los felicita.

Y un importante diario de la capital, al publicar ese mensaje, lo acompaña con una elocuente fotografía de Mr. Truman. Vale mirar ese retrato. Mr. Truman ríe con extraña risa. Es risa tan extraña como que parece salir, brotada de sus más hondos adentros, desde el centro mismo de su rostro y saltar, hecha trizas, por toda la fotografía. Es como un estallido de granada.

Pero no todo es grafismo en esa foto. Tiene, también, un allende. La carcajada interior es tan fuerte que retumba la tinta gritando el secreto. ¡Es la risa ancestral de los poderosos para los tontos que toman sus burlas en serio!

Puede reír a sus anchas Mr. Truman. Reír ahora. Porque más allá de su risa se viene realizando dentro y fuera de nuestro pueblo y del suyo mismo, a través del mundo colonial y semicolonial en cuyo territorio se contiene tres cuartas partes de la humanidad, el fenómeno que nuestro Hostos

previó y en cuya realización cifró el sentimiento del siglo xx: la liquidación del imperialismo y el coloniaje. Ríe mejor quien ríe último.

Pero por lo mismo, porque a través del mundo se viene realizando ese proceso, iré diciendo en posteriores apuntes cómo esta burla de la *constitución* seiscentista es también sanguinario puñal que, amagado contra el corazón de la nacionalidad puertorriqueña, va dirigido contra la libertad e independencia de todas las colonias y semicolonias. Va dirigido a frustrar el sentido histórico del siglo xx. Y cómo nuestro pueblo, al erguirse en lucha contra ese atentado, se defiende a sí mismo y a sus mejor cargadas substancias históricas y cómo, también defendiendo con su independencia, la independencia y la libertad de América Latina y de todo el mundo colonial y semicolonial. Y cómo, en consecuencia, todas las luchas de las otras colonias y semicolonias, abonan nuestra libertad y adelantan la hora de nuestra independencia.

La lucha contra la ley 600 es parte de la magna lucha por la libertad del hombre en la tierra. Es de importancia mundial.

Recordémoslo en enero.

## Este egregio don Alberto REMBAO

Colaboración de Campio CARPIO

En su activo espiritual tiene América una de sus figuras egregias en don Alberto Rembao. Como don Baldomero Sanín Cano, que en junio de este año de gracia entra en la gloria ilustre de sus noventa años de una vida laboriosa con una obra humanística en los cuatro horizontes de la universalidad; como don Joaquín García Monge, otro de los proceres de alta alcurnia democrática, que en el terreno de la cultura se ha creado un monumento en las letras continentales, trabajando a cincel desde el *Repertorio Americano*, cuyas columnas están abiertas a todas las inquietudes; como don Alfonso Reyes que, aunque de otra generación, desde México nos apunta con su sabiduría y juicio de su prosa pulida la prosapia de los mejores escritores de nuestra lengua, por su anchura humanística; como don Rafael Heliodoro Valle, don Luis E. Valcárcel, Alberto Rembao forma parte de esa legión de hombres hipotecados a sí mismos, que han soldado los principios de la cultura a su propio corazón y convierten esos principios en ideal de sus vidas. Como que, por cierto, son los únicos que justifican el derroche de una existencia lanzando al voleo la semilla viviente que será fruto del ancho campo de la libertad, que ha sido principio de independencia de todo un continente.

Don Alberto Rembao, ha nacido en México, pero se pertenece a toda la colectividad humana en cuerpo y en espíritu. Hombre inquieto y disconforme, desde sus primeros años, anda en busca de la palabra que exprima el pensamiento humano. Vió la luz del sol en Chihuahua el siglo pasado. La revolución mexicana lo encontró hecho combatiente de línea, en cuyas filas se engancha con el ardor del revolucionario "que significaba vivir a la manera de Ricardo Flores Magón, cuya vida fué sucesión de martirios y persecuciones y cautiverios" hasta fallecer en una cárcel yanqui. En aquel entonces los revolucionarios eran auténticos, peleaban con todo el valor y el vigor. "Lo que de antes fuera calvario, es ahora deporte".

Pero esta es una de tantas actividades en el curso del vivir cotidiano, ya que, simultáneamente, alterna su profesión de combatiente con la de periodista que todavía ejerce con los mejores afanes. Colabora en varios órganos de la prensa mexicana, forma parte de institutos de cultura popular, se convierte en conferencista y en estos avatares los años le van pisando los talones, los acontecimientos se suceden hasta el punto de modificar la geografía política de México y el orden geográfico mundial en dos guerras donde mueren hombres y almas, almas sobre todo. Y en este trajín, don Alberto Rembao, fiel en su doble ministerio de defensor de la revolución de su país, con todos los medios a su alcance, escribe en la prensa y pronuncia conferencias, escribe una docena de libros sobre la revolución mexicana, la *Democracia trascendente*, *Meditaciones neoyorquinas*, *Mensaje, movimiento y masa*, *Flor de traslaciones*, *La Vida Heroica*, *Problemas industriales y rurales*, para cumplir con un deber "que en la historia de todos los pueblos es menester que aparezca como macizo de jardín donde germine la se-



Alberto Rembao

milla de la libertad, el arbusto del progreso, y el árbol de la ciencia", convertido en ideal como algunos de los "tantos postulados gloriosos que nos empujaron a los campos de batalla", según sus propias palabras.

Delante del tiempo, don Alberto Rembao trata de permanecer centinela alerta a todos los acontecimientos universales. Acaba de dar a publicidad un jugoso volumen de recuerdos personales *Chihuahua de mis amores*, no como tarjeta de despedida, sino más bien como regocijante nota de recuerdos para un desarrollo posterior. En este libro, tan parecido a *De mi vida y otras vidas*, de don Baldomero Sanín Cano, pasan, como llevados de la mano, hechos y acontecimientos históricos; anécdotas y opiniones sobre los distintos temas que preocupan a las personas y pueblos de nuestra civilización. Y mientras la geografía mundial en el orden político se modifica con el vaivén de guerras y revoluciones; y el orden social, en términos generales, remolinea en el remanso de la sociología mundial, como tratando de buscar un cauce por donde conducir sus energías, don Alberto Rembao continúa escribiendo, ahora desde Nueva York, la ciudad de los altos edificios de construcción metálica y cemento armado que, en vano, logran tocar el cielo, a cuyos alturas llegan no obstante los ideales de don Alberto.

Mientras unos hombres se entretienen en disputas bizantinas, conferenciando respec-

to de cómo mutuamente han de engañar mejor a los pueblos, y los cañones zumban en distintos lugares de la tierra y mueren los hombres por una causa que no es la suya, moviéndose todos los resortes y riqueza del universo para conducirlos de continente a continente para transformarlas en elementos de destrucción infernal en ese infanticidio que oscurece la razón, don Alberto Rembao atisba, escribe y medita, porque cree en el hombre como elemento espiritual, producto de la fe; sobre el materialismo doméstico que pasa por el manoseo trajinante del mercado de las cosas perdiendo siempre algo, descubre nuevas constelaciones en el firmamento idealista de la humanidad, cantera purificada por todos los sabores y martirios desde la noche de los tiempos históricos. Porque don Alberto Rembao es un creyente de la nueva causa, de la divinidad palpable, evangelizada por Tolstoi, que en cada lengua tiene un nombre distinto pero un fundamento y destino común. En todos los villorrios, ciudades y naciones del mundo tenemos un amigo como el que este egregio don Alberto Rembao simboliza en el terreno de las especulaciones culturales. Es por ello, por esta profunda constancia, por el no ceder frente al destino por aciago que sea; por no cejar en el empeño de seguir adelante, sin detenerse, seguros siempre de que el triunfo será nuestro, que el sol alumbrará mañana; es por esta firme voluntad y confianza en el porvenir y la libertad que ningún cataclismo podrá alterar en lo más mínimo nuestra inalterable creencia en el porvenir, cuyo himno están construyendo estos poetas de la nueva era.

Desde *La Nueva Democracia*, don Alberto Rembao, abiertas sus manos a toda persona que se le acerque, predica esos ideales, que son el mensaje de la fraternidad activa, en ese culto que no tiene símbolos, ni exige sacrificios sangrientos, ni posee cámaras torturadoras. Su evangelio es de este mundo, es de hoy para mañana y para siempre, porque es el ideal del hombre para la humanidad.

América, como en otras partes del mundo, tiene sus profetas en el campo de la poesía y del arte en general, que son los intérpretes más fieles de toda divinización. En sus creaciones artísticas, ponen parte de ellos mismos. Cuando leemos a esos maestros, literatos, poetas, artistas, estamos comulgando, como diría el gran Guerra Junqueiro. Loados ellos sean!

Buenos Aires, Argentina, 1951



## Rafael Heliodoro Valle

### Esbozo de su personalidad

Colaboración de José de J. NUÑEZ y DOMINGUEZ

Una de las personalidades más extraordinarias de la intelectualidad hispanoamericana contemporánea, es la de Rafael Heliodoro Valle.

Su eclecticismo literario, producto de una agilidad mental de que disfrutaban muy pocos hombres de letras; su sorprendente dinamismo, que lo tiene en continua actividad y le lleva a abordar las más dispares labores, ya en el libro, ora en la cátedra, bien en el periodismo, en el micrófono, en los archivos y bibliotecas o en la mesa del conferenciante; su gallardía como poeta y sus galanuras como prosista, todo ello hace de él una personalidad de excepción. Y si a lo anterior se agregan cualidades individuales de altura en el terreno de la bondad, de la comprensión y la tolerancia, de la generosidad y del desprendimiento, se comprenderá por qué este insigne cultor de la belleza está ya situado en la ubicación de los próceres de la literatura mundonovista.

Poeta fundamentalmente, de allí arrancaron todas las otras canalizaciones de su intelecto; y es por esto por lo que a todo lo largo de su obra, ya sea histórica o de otro carácter, existe un radical sentimiento poético que corre a través de sus producciones y les da vida, como esos ríos subterráneos que alimentan la flora de ciertas zonas. En un estudio de su personalidad no se debe perder de vista ese antecedente, porque él es cimiento de su fisonomía literaria.

#### Nacimiento y estudios

Rafael Heliodoro Valle, nació en Tegucigalpa, capital de la República de Honduras, en 1891. Allí hizo sus primeros estudios y como demostrara una inteligencia clara y un insaciable anhelo de conocimientos, se le envió con una beca a proseguir aquéllos a la Escuela Normal de Profesores de México, en donde cursó toda la carrera de maestro de educación primaria y superior hasta alcanzar el título correspondiente.

Fue en esa Escuela en la que principió a descollar como poeta, aunque ya en su tierra natal había publicado sus primeras producciones. Eminentemente maestros y condiscípulos que como él sentían un profundo amor a las letras, influyeron definitivamente en su formación espiritual.

Entró en contacto con los círculos literarios de México, colaboró en los principales periódicos y revistas y durante algún tiempo profesó una cátedra en la misma escuela en que había estudiado. En México publicó su primer libro de poemas intitulado *El Rosal del Ermitaño*.

Llamado a su país natal, que deseaba con toda justicia gozar de los frutos de aquel hijo que lo honraba en el extranjero, Valle regresó a Tegucigalpa, en donde, después de dedicarse al periodismo, ingresó en la diplomacia, enviándosele como secretario de la Misión Especial de Honduras en Washington. Había hecho estudios especiales de la lengua inglesa y su estancia en la capital de los Estados Unidos le sirvió para ampliar su conocimiento de la literatura norteamericana, y, lo que fue más importante, para iniciarse en la ciencia bibliográfica.



Rafael Heliodoro Valle  
(En 1945)

x

pues todos los momentos que tenía desocupados los empleaba en búsquedas e investigaciones en la Biblioteca del Congreso, en cuyo vasto tesoro supo espigar cuanto se relacionaba con la América Latina. Esa Biblioteca y la Pública de Nueva York, fueron las que orientaron sus aficiones a la investigación histórica y en ellas encontró no sólo copioso material para futuros trabajos, sino que se relacionó con prominentes bibliógrafos e historiadores y aprendió métodos y técnicas que le han sido muy útiles a través de los años.

Pasó después como Cónsul General a Belice, Honduras Británica, puesto de gran importancia en la diplomacia de su país, por circunstancias especiales. Más tarde regresó a la ciudad de México y entonces principió la etapa más interesante de su vida literaria, pues a partir de ese retorno a la metrópoli mexicana, entró de lleno en esa portentosa actividad polifacética que de una juventud plena de promesas lo ha llevado a una madurez desbordante de realizaciones copiosas.

Se consagró al periodismo militante ingresando como redactor al gran diario "Excelsior", en donde durante varios lustros llevó a cabo una de las labores más fecundas y variadas a que un escritor pueda dar cima. Cronista, editorialista, reportero, comentarista del suceso diario, por igual demostró en todos esos aspectos su fecundidad, su ductilidad de pensamiento y su infatigable afán de servir a la causa de la cultura hispanoamericana. Inició en el periodismo mexicano el estilo del comentario corto en columnas y gracias a él el diarismo dió un lugar prominente a las cuestiones literarias o artísticas en forma constante. Al propio tiempo colaboraba en revistas literarias o científicas tanto de México como del resto del Continente y se dedicaba a trabajos personales de investigación histórica, ya en bi-

biografía o en biografía. Y dándose tiempo para todo, profesaba dos o tres cátedras en la Escuela Nacional Preparatoria o de Bachilleres, o en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional.

Se le llamó a la Secretaría de Educación Pública a colaborar con el Ministro Licenciado José Vasconcelos, en el Departamento de Bibliotecas, entonces a cargo del señor Jaime Torres Bodet, y allí prestó notables servicios al intercambio cultural hispanoamericano. Fue entonces cuando publicó en colaboración con la Licenciada Esperanza Velázquez Bringas, una obra muy importante para la bio-bibliografía de América: el libro intitulado "Índice de escritores", que contiene datos magníficos acerca de los más conocidos literatos del Continente.

Formó en sus cátedras de historia de México y literatura una pléyade de discípulos, que hoy honran a su maestro y a su patria. Pero deseoso de ostentar un grado académico, este hombre incansable se dió tiempo para optar al de licenciado en historia de la Universidad Nacional de México, y luego al de doctor en ciencias históricas. Presentó como tesis un libro notable: *Cristóbal de Olid, conquistador de México y de Honduras*. Su examen de doctor fue de los más brillantes en la Facultad de Filosofía y Letras de México.

#### El poeta

Rafael Heliodoro Valle ha sido clasificado arbitrariamente como poeta post-modernista, probablemente por exigencias cronológicas; pero él no es poeta de capilla, de escuela o de cenáculo. Es simplemente un poeta que va con el ritmo de su época, a la que ha aparejado su expresión y su pensamiento. Habría cantado con igual hermosura de léxico e ideario, de haber nacido en el siglo de Oro.

De ubicársele en una zona poética determinada, habría que señalarlo entre los poetas líricos, esencialmente musicales. Centro americano como Rubén Darío, recogió toda la musicalidad que integra la entraña poética de insigne autor de *Cantos de vida y esperanza*. La misma sonoridad, tal vez infiltrada en ellos por los pájaros de las selvas nativas, palpita en la médula de sus versos, sin rebuscamiento, con un aespontaneidad de manantial que se despeña sobre una roca y se torna simplemente en una sucesión de melodías. Y no porque se ampare bajo el lema verlainiano: "De la musique avant toute chose". Es un musical congénito, como lo fue también el propio Darío, que no necesitó ir a beber el absinto del "Pauvre Lelien" a París, para envolver sus rimas en coruscantes mantos de arpegios. Ya los llevaba desde aquí, como el poeta Valle que los traía de los bosques hondureños. No tuvo que hacer más que abrirse el pecho y dar suelta a las parvadas de aves armoniosas que allí anidaban. Como Darío también estaba "loco de ensueño y de armonía"

Ciertamente que no es con este lenguaje de metáforas como se debe juzgar hoy a un poeta de la talla de Valle. La crítica verdadera repudia esta fraseología que algu-

nos tildan de hueca e inconsistente. Se quiere que se emitan los juicios en términos apropiados, sin oropel retórico ni galas líricas. Pero yo no soy crítico y uso de los términos que me vienen a las mentes y que si no entran en lo que preceptúan los cánones, no es por mi culpa. Digo, pues, que Valle es un poeta musical por idiosincrasia. No es un poeta trascendental, porque ni lo ha querido ser ni le llevarían nunca en ese terreno buscador de resonancias, sus íntimas predilecciones.

En vasos de delicada factura, tan frágiles como los áticos a pesar de estar hechos de barro mestizo de América, sirve los vinos de sus odres y se complace en empenacharlos de espuma, para que en ella la luz haga todos sus juegos malabares. Visión colorida, música de cristal, he aquí la dualidad que singulariza su poesía. Es en último caso un heredero de los grandes líricos españoles y se columpian sus versos en esa trayectoria estelar que viene desde Boscán, Góngora y Calderón de la Barca, maestros ínclitos del verso musical.

No ha traído tampoco un nuevo mensaje ni lo ha pretendido. Su mensaje es el que confía la Belleza a sus dilectos. Y él lo ha dado a conocer bajo el cielo americano, si se quiere como un chisporroteo de estrellas o como un desgrane de notas que emiellan oídos y almas con el sortilegio de sus melodías.

La "palabra que canta" es su expresión connatural. Clásico o moderno, tradicionalista o vanguardista, en sus versos hay la vibración de un espíritu finísimo que sabe oír y captar las celestes armonías. Y esto no es dable a todos. Valle, (y resulta redundante decirlo) maneja el ritmo con destrezas consumadas. La poesía no tiene secretos para él y con igual maestría erige las catorce torres ebúrneas de un soneto que termina la áurea filigrana de un madrigal. Subjetivo, polifónico, que "recorre todo el diapasón del alma" y usa de todos los registros de sus órganos catedralicios, elegante, versolibrista a veces, en lo que concierne a la métrica y no al ritmo, Valle es un esteta refinado que rehuendo actitudes de "magister" sólo ha asumido lo que gusta más a su espíritu: la de cultivar rosales de ensueño "para coronar de rosas las horas que pasan".

#### *El prosista*

Pasado el ardor lírico de la juventud, que precisamente por su impetuosidad y su desbordamiento busca siempre los cauces de la rima para mejor exteriorizarse, los poetas anhelan el remanso de la prosa como un instrumento más contentivo de sus inquietudes espirituales. Sucede con frecuencia que los poetas, en nuestro Continente sobre todo, son además hábiles manejadores de la prosa y tienen con esta dualidad una superioridad sobre ciertos hombres de

letras —novelistas, ensayistas, historiadores, etc.— que sólo escriben en prosa. Nuestros poetas son todos tan buenos prosistas como bardos y a la vez se ejercitan con brillante éxito en esos dos géneros literarios.

Rafael Heliodoro Valle no fué una excepción en esto que es ya casi una regla en las letras hispanoamericanas. Por el contrario, debido al ejercicio continuo de su profesión periodística y a la derivación de su intelecto hacia las disciplinas históricas, se ha convertido en un prosista, cuya obra en la actualidad ha alcanzado respetables proporciones en número y calidad.

La prosa periodística no requiere sino calidad y llaneza puesto que, destinada a la comprensión de las masas, lo que se busca con ella es llegar hasta el entendimiento de los más ignaros. Y bien: aún en la prosa noticieril, Valle supo poner delicadezas de estilista y sus mínimas gacetillas revelaban siempre al hombre diestro en el manejo del lenguaje. Pero en sus comentarios de individuos y de hechos al margen del noticierismo, su prosa fué ágil, a veces traviesa, salpimentada de ironía, con giros novedosos en el mismo enlace del comentario. En el fondo se veía invariablemente al poeta, como las guijas en los diáfanos arroyos.

Se le llamó a veces "el hombre de los mil pseudónimos", porque para poder dar a basto a las solicitudes de colaboración que de todas partes le llegaban, lo mismo de la República Argentina que de Cuba o de Bolivia, necesitó ocultar su nombre en pseudónimos, muchos de los cuales adquirieron gran popularidad bien pronto. Hubo ocasiones en que en una misma revista aparecieron cuatro o cinco artículos sobre diversos temas salidos de la pluma de Valle, pero firmados con distinto pseudónimo. Nadie que no estuviera en el secreto habría podido decir que eran del mismo autor, porque se diferenciaban no sólo en asunto sino en estilo. He aquí una demostración de esa lozanía espiritual, de esa ductilidad mental que se ha señalado como característica de Valle.

Y en sus libros de relatos históricos breves, como *El Espejo historial*, esta persistencia poética es todavía más definida. Y así, en consorcio deleitoso, se encuentran allí la erudición del investigador y el exquisito espíritu del poeta. Su prosa es siempre cintilante, donosa, ligera y alada. Echa, como lo pedía un gran novelista lusitano, el velo diáfano de la fantasía sobre la cruda realidad de las cosas y de allí que sus narraciones tengan un colorido vívido y nos instruyan deleitando como lo querían los antiguos.

En las obras de mayor envergadura como en *Santiago en América*, y en *Cristóbal de Olid* o en *La Cirugía Mexicana en el Siglo XIX*, el prosista abandona el lirismo que esmalta como con pedrerías sus parrafadas, para recuperar la sobriedad y la sencillez apropiadas a estudios de esa naturaleza. Prosa en la suya, entonces, tan límpida y fácil como la del mejor cultivador de ese género. Justamente por haber adquirido en las disciplinas del diarismo y del ensayo, el sentido de las proporciones, se ajusta a la precisión requerida para evitar la superabundancia del vocablo inútil y para adqui-

## Dr. E. García Carrillo

CARDIOLOGIA (Radioscopia y Electrocardiografía), METABOLISMO,  
VENAS VARICOSAS.

Sus teléfonos: 1254 y 4328

rir la concisión de lo que se expone como aserto científico o como corolario o juicio a lo documental. El poeta desaparece para dar paso al analizador impertérrito que debe ahogar a veces sus sentimientos personales ante el panorama histórico y ante el examen imparcial de un individuo. Tengo para mí, que cuando se haga la crítica de la obra total de Valle, ya en el terreno de las apreciaciones definitivas, habrá que insistir en las diversas modalidades que presenta como prosista, desde el aspecto que lo apareja por su estilo de cronista al Darío de sus épocas juveniles hasta el que lo hermana con los más sesudos comentaristas del pasado histórico. Esta gradación resultará una de las más interesantes características del intelecto multiforme de Valle.

#### *Historiador y maestro*

El poeta, enamorado eterno del misterio, fué llevado insensiblemente hasta los campos de la investigación histórica, pródigo en asuntos que tienen a las inteligencias ávidas a la par de verdad y de belleza. Lo que para otros constituye solamente la pasión de adentrarse en hechos que ofrecen amplio material para dar rienda suelta a una sed de disección implacable, fué para Valle un placer muy acorde con su temperamento de poeta. Aquellos que se consagran a la investigación del pretérito con el prurito de un desenterrador de cadáveres, no tienen parentesco alguno con Valle, que enderezó sus pasos por los senderos de la historia más con la sonrisa del artista que con el avinagrado gesto del aristarco. Lo tentó la historia por su esencia estética y no por su entraña de ciencia igualitaria y fría. Pero escalando las cimas por los peldaños de lo artístico, se ha encumbrado hasta la meditación profunda del razonamiento que se despoja de todo embarazo lírico para contemplar las perspectivas de la evolución humana con la serena mirada del pensador.

Se ha dicho de él que es un especialista en la compilación de datos, que es sólo un acumulador de referencias históricas: pero ello queda desmentido cuando se leen sus obras como el *Cristóbal de Olid* o sus magníficos prólogos a *La Anexión de Centro América a México* o al *Bolívar en México*, en las que el juicio propio obedece a estudios detenidos de la materia y se expone un criterio nacido de la observación y del detenido examen de las condiciones mesológicas, de hombres, de causas endógenas y exógenas de un acontecimiento. De su estudio *Como era Iturbide* a las biografías más recientes que ha publicado sigue una trayectoria que marca su afianzamiento

## Lic. ANÍBAL ARIAS R.

Abogado y Notario

Apartado 2352

San José, Costa Rica

to en el método de la investigación y del análisis. Es un expositor pero también un creador. Presenta el dato pero lo desmenuza y hasta polemiza cuando rebate una opinión que disputa por errada. Y aún en el simple trabajo de aportación de referencias, las que él reúne en sus libros integran un todo tan armónico, que bastan por sí solas para armar el andamiaje de una época o para estructurar una personalidad. Y esto ya de por sí constituye una labor ampliamente meritoria.

En efecto, la serie de bibliografías a que ha dado término y que son resultado de trabajo pacientísimo en búsquedas en bibliotecas y archivos mexicanos o extranjeros, tienen una importancia evidente. Con ellas, Valle se ha colocado en la misma línea de los Beristáin, García Icazbalceta, Medina y Bolton y esa sola parte de su obra bastaría para inmortalizarle.

No podía el historiógrafo, básicamente maestro por sus estudios primigenios, dejar de ir a la cátedra; y en ella ha obtenido sus más resonantes éxitos, porque dotado de palabra galana y atractiva, así como es un gran expositor en sus libros, lo es aún más como conferenciante, pues no otra cosa son las clases de historia y literatura que ha tenido a su cargo sea en la Escuela Nacional de Maestros o en la Facultad de Filosofía y Letras o en la Escuela Nacional Preparatoria. Allí ha formado como se dijo ya una legión de discípulos que han bebido en la fuente placentera de la sabiduría de Valle la ciencia histórica o las bellas letras con provecho manifiesto. Cordial, bondadoso en extremo, verdadero camarada de sus alumnos, éstos han llegado en algunos casos a dedicarse y sobresalir en los estudios históricos. En esta órbita, la enseñanza de la historia debe a Valle en México el haber contribuido a reavivar el gusto por estas disciplinas, porque les quitó la rigidez del "magister" para presentarlas con un interés sin petulancia de cosa fácil y agradable. Por su contacto con maestros de otros países, principalmente de los Estados Unidos, supo aplicar en sus cátedras métodos modernos al que no fueron ajenos los "seminarios" y la emulación interescolar para despertar sanas competencias. Indudablemente que sus estudios pedagógicos le han sido de suma utilidad para desarrollar esta labor de docencia, en que ha dejado luminosas huellas, aún en los alumnos de origen norteamericano, de los que ha sido profesor en la Escuela de Verano de la Universidad Nacional de México.

En resumen, la personalidad de Rafael Heliodoro Valle, es, como se asentó al principio, una de las más extraordinarias en las letras de Hispanoamérica, por la diversidad de su producción intelectual que abarca, desde la poesía, la crónica y el ensayo hasta los graves estudios históricos, etnográficos, folklóricos, antropológicos, etc. En pocas palabras: un verdadero polígrafo.

Su contribución a la historia de América reviste una importancia incontestable y su labor peiodística así como de publicista, se ha encaminado a la unión espiritual del Continente, en donde su nombre se conoce del uno al otro extremo del Hemisferio. Así se le ha reconocido doquiera y el Premio Cabot que le fué otorgado es la sanción táctica de sus méritos en este aspecto.

El título de maestro que se le ha dado

por la juventud de México, confirma una larga y ópima labor de catedrático, al servicio de las causas más nobles, como la de la confraternidad hispanoamericana.

Embajador actual de su país en Washington, continúa en sus tareas de animador para estrechar los vínculos raciales en el terreno de la inteligencia; y la fundación del "Ateneo Americano" en Washington, no es sino uno de los múltiples actos de solidaridad hispanoamericana que ha realizado en su vida de sembrador de ideas, pues en donde quiera que ha estado siempre ha tendido a agrupar en asociaciones de índole literaria y científica a los valores más descolantes de un país o a aquellos que aún siendo incipientes son dignos de estímulo y de ayuda. Pero tampoco ha dado treguas a sus tareas de periodista y prosigue en plena actividad en esa línea, pues como él mismo lo dice: "quien ha probado una vez el veneno del periodismo difícilmente deja de seguirle gustando". Los pueblos de América han reconocido sus altos merecimientos y le han otorgado valiosas condecoraciones, como el Perú, Cuba, Venezuela. Es miembro de número de la Academia Hondureña de la Lengua y correspondiente de la Real Española. También es miembro de las Academias de Historia del Perú, de Colombia, la República Dominicana, Guatemala y Honduras, y pertenece a la Academia Nacional de Ciencias de México, al Ateneo de Ciencias y Letras, a la Sociedad de Geografía y Estadística, a la Sociedad de Genealogía y Heráldica, la Folklórica Mexicana, a la Sociedad Mexicana de Antropología, etc. Ha representado a su país en numerosos Congresos científicos y literarios en América Latina y los Estados Unidos y en esta última nación ha dictado conferencias y dado cursos en diversas Universidades. Y cuando después de una gira por la América del Sur, hace poco tiempo, pasó por su patria, toda la población de su ciudad natal de Tegucigalpa le recibió con delirante entusiasmo y entró en triunfo en medio de las aclamaciones generales, por las calles que le vieron discurrir de niño. Fué la suprema apoteosis y entonces se perfiló la personalidad de Valle como la de un futuro hombre público que podría regir los destinos

de su patria.

Juzgó servirla mejor en el importantísimo cargo que hoy desempeña, en el que se amacizará su experiencia y acabará de consolidarse su prestigio. Así, cargado de laureles y con un bagage literario caudaloso, y lo que es más de notarse, de subidos quilates, Rafael Heliodoro Valle ha dejado su nombre inscrito indeleblemente en las páginas de la historia literaria de América y de las letras castellanas.

Ciudad Trujillo, Rep. Dominicana, marzo, 1950.

\*  
BIBLIOGRAFIA

Rafael Heliodoro Valle es autor, entre otras, de las siguientes obras:

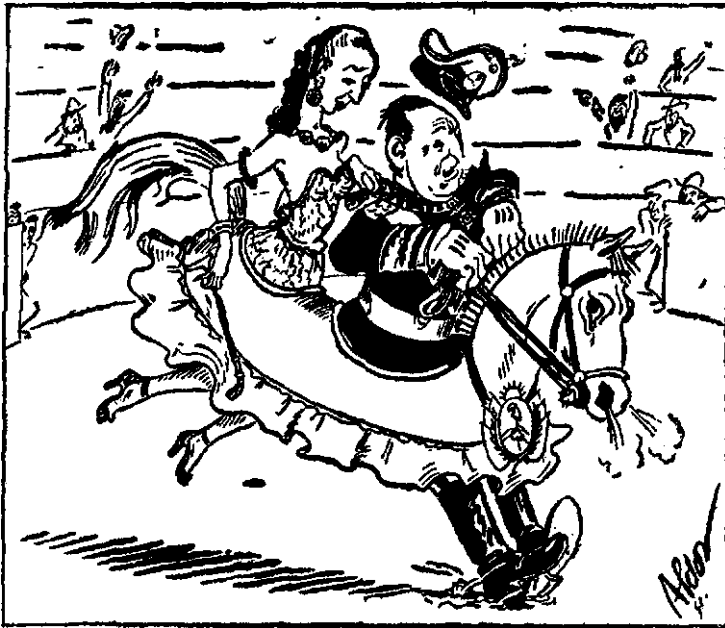
- El Rosal del Ermitaño*
- San Bartolomé de las Casas*
- El Perfume de la Tierra Natal*
- Anfora Sedienta*
- Cómo era Iturbide*
- Cristóbal de Olid, Conquistador de México y Honduras*
- Uniseno Amor* (poemas)
- Contigo* (poemas)
- Tierras de Pan Llevar*
- Semblanza de Honduras*
- Oro de Honduras*
- El Mole de Guajolote* (historia y leyendas)
- La Cirugía Mexicana del Siglo XIX*
- Santiago en América*
- México Imponderable*
- Bibliografía Cervantina en la América Española* (en colaboración con Emilia Romero)
- Índice de Escritores*
- Bolívar, Bello, Martí*
- El Espejo Historial*
- La Anexión de Centro América a México* (6 volúmenes)
- Un Diplomático Mexicano en París*
- Iturbide, Varón de Dios, etc. etc.*

A esto habría que agregar los numerosos estudios, tanto históricos como literarios y bibliográficos, que ha publicado Valle en la mayor parte de los periódicos y revistas de América, de los que ha sido constante colaborador, y que formarían una lista que llenaría varias páginas.

## Puesto de libros

(A beneficio del Rep. Amer.)

Emeterio S. Santovenia: <i>Lincoln</i> . . . . .	20.00	mento, Stgo. de Chile . . . . .	15.00
H. Van Loon: <i>Tolerancia</i> . Historia de la lucha del hombre por el derecho a pensar. Con 76 dibujos del autor . . . . .	15.00	Arturo Mejía Nieto: <i>Morazán</i> . . . . .	10.00
Alfred Weber: <i>Historia de la Cultura</i> . . . . .	15.00	A. Petrie: <i>Introducción al estudio de Grecia</i> . . . . .	7.00
Joham Gustav Droysen: <i>Alejandro Magno</i> . . . . .	20.00	A. Braghine: <i>El enigma de la Atlántida</i> . . . . .	10.00
Juan Larrea: <i>Rendición del Espíritu</i> . En 2 tomos . . . . .	15.00	R. Brenes Mesén: <i>Crítica americana</i> . . . . .	5.00
William Krehm: <i>Democracia y tiranías en el Caribe</i> . Prólogo y Notas de Vicente Sáenz . . . . .	15.00	Antonio Espina, Benjamín Jarnés, etc. <i>Las 7 virtudes</i> . Espasa-Calpe	5.00
Sara de Ibáñez: <i>Pastoral</i> . . . . .	5.00	Cornelio Hispano: <i>Kerylos. Laudes de la Belleza y el Amor</i> . . . . .	10.00
Tomás Carlyle: <i>Sartor Resartus</i> . Un vol. pasta. Ediciones Emecé Bs. As. . . . .	10.00	Vicente Fatone: <i>El Budismo "nihilista"</i> . . . . .	10.00
Jaime María del Barrio, S. J. <i>Era atómica</i> . . . . .	5.00	R. Brenes Mesén. <i>Los Dioses vuelven</i> . . . . .	5.00
Pablo Neruda: <i>Selección</i> . Nasci-		Teodoro Mommsen: <i>El Mundo de los Césares</i> . . . . .	30.00
		Jesús Silva Herzog: <i>Meditaciones sobre México</i> , ensayos y notas	10.00
		Apartado Letra X	Teléfono 3754



Rodeo en la Argentina

Por Aldor

(En *El Tiempo*, Bogotá, 24 agosto, 1951)

x

## Popularidades ficticias

Por B. SANIN CANO

(En *El Tiempo* de Bogotá, Setbre. 3, 1951)

La densidad de la manifestación en que la multitud porteña, con caracteres de cabildo abierto, ha pedido a Juan Domingo Perón, presidente de la República Argentina, la aceptación de su candidatura para el mismo puesto en las próximas elecciones y a su encariñada esposa de la política su consentimiento para votar por ella, no obstante el preconcebido pero infundado obstáculo de su sexo, para el puesto de vicepresidenta de la República, la densidad, decimos, de la multitud en esta abultada prueba de entusiasmo, no debe sorprender a nadie que conozca la historia del pueblo argentino y la sensibilidad e hiperestesia política de la población bonaerense. En 1926 la población porteña alcanzaba a dos millones doscientos mil habitantes, de los cuales seiscientos mil eran españoles y quinientos mil italianos, nacionalizados en la Argentina o remisos todavía de cumplir esa aspiración del patriotismo porteño. Atento a una ley entonces en vigor, todo inmigrante, por el hecho de serlo, adquiría el derecho de votar en las elecciones para representantes del pueblo en los consejos municipales. La Argentina sorprendió al mundo con el volumen de la inmigración europea y asiática a ese extremo de la América hispana. "En 1889, dice el historiador Vicente F. López, llegaron más de 300.000 personas" en calidad de inmigrantes. La mayor parte de éstas venía a lucir su experiencia como agricultores, y al cabo de unos cuantos meses vendían fósforos o cordones de zapatos en Buenos Aires, sin perjuicio de poner a los dos años tienda de géneros o de usura, con lo cual se ascendía a banquero, a gran propietario de inmuebles en la capital o de grandes hatos en la provincia de Buenos Aires.

Esa formidable población foránea contribuía poderosamente a aumentar de la noche a la mañana las tierras habitables o de pan

llevar en la república, y merced a este visible fenómeno social se enriquecieron fabulosamente los propietarios de tierra o los que, sin haberlo sido antes, se hacían adjudicar, para venderlas, tierras "fiscales", que acá llamamos "baldíos". El aumento de la riqueza argentina fascinó a los naturales y causó asombro, envidia y deseo de aprovechar tal riqueza a los grandes capitalistas extranjeros. La especulación llegó a límites desconocidos. No impunemente, porque en 1900 un cataclismo económico sacudió al país con tal fuerza, que los capitalistas extranjeros más audaces, como Baring Brothers, temblaron con la prueba y fueron causa de otras sacudidas.

Los grandes políticos que la Argentina produjo entre 1880 y 1910, Roca, Wilde, Pellegrini, Avellaneda, Sáenz Peña, Alberdi, crearon la insigne República, pero satisfechos de su creación, se dieron a la tarea de verla crecer con orgullo. Se olvidaron un tanto de la política, para gozar de su situación y de su riqueza. Tenían organizado un sistema de elecciones por medio de las cuales se hacían elegir a sí mismos y a sus adeptos, con gran sosiego y habilidad. Pero llegó un día en que un hombre de buena fe, Sáenz Peña (R), quiso abrir el compás de la vida política y establecer el sufragio universal, por medio de una ley que garantizaba, por medio de la cédula electoral, el voto secreto.

La aplicación de esta ley le dió el triunfo en las primeras elecciones al partido radical, dirigido en ese momento por Irigoyen, hombre de buenas intenciones, eminentemente popular, habilísimo en los manejos de la oposición, pero inferior en el gobierno a la alta misión del administrador. Cuando vió que su partido se había corrompido en el mando con quince años de ejercicio, no pudo contrarrestar las ambiciones torcidas de su colectividad y se retiró del poder, sea

convencido de su incapacidad, sea por sentirse, como lo dijo, verdaderamente enfermo. Quedó el poder en manos de un vicepresidente más ambicioso que competente.

En este momento un militar audaz, inepto y enfermo concibió el plan de tomarse la capital con un regimiento, y pasando al lado del Campo de Mayo, donde estaba el grueso del ejército, se acercó a la Casa Rosada con sus tropas, ocupó con ellas el despacho del Vicepresidente en ejercicio y le pidió la renuncia de su cargo. La renuncia fué obtenida y el temerario coronel asumió la Presidencia. Cuando se supo en la ciudad lo ocurrido, las calles se llenaron de gente, transitoria o habitualmente desocupada, y una multitud ensordeciente con sus gritos plantó sus bulliciosas unidades en la Plaza de Mayo para celebrar aparatosamente el cambio de gobierno. Una señora extraña al movimiento acertó a pasar por la plaza en los momentos culminantes de la manifestación. "La mujer argentina", gritó un encantado. "La mujer argentina debe tomar parte en esta nota de aprobación del pueblo de Buenos Aires a la transformación que ha ocurrido". La multitud se apoderó del exiguu cuerpo de la ocasional viandante, y llevándola en hombros gritaba: "Viva la mujer argentina!". La señora de este pasajero episodio era una rusa, aunque nacionalizada, enteramente extraña al significado y a la intención del movimiento. A los tres años falleció Hipólito Irigoyen, el verdadero jefe del Estado, y cabeza del partido derrumbado por el golpe de cuartel. La multitud, probablemente la misma, ejecutó un acto de admiración como no se había visto nunca en Buenos Aires. El féretro fué seguido por una masa popular contrita y compacta a lo largo de catorce calles, desde la casa del óbito hacia el lugar de su descanso postremo. Jamás se había formulado, con tan claras pruebas de admiración y pena abrumadora, ante el cadáver de un político frustrado, manifestación de tales proporciones.

Estos dos actos de presencia contribuyen a hacernos leer con crítica emoción las noticias del cable sobre el numeroso concurso que pedía en la calle más ancha de Buenos Aires, es decir, del mundo, la aceptación de los supremos puestos del mando a los esposos Perón. El millón de extranjeros residente en Buenos Aires hace 25 años se habrá duplicado; en ese número hay personas dispuestas a tomar parte en toda clase de tumultos o regocijos populares. Los recién llegados no saben de unión cívica, ni de partido radical, ni de demócratas progresistas. Han oído hablar de socialismo, comunismo, sindicalismo y sin señorear a fondo el significado de esas palabras, la han tomado por símbolo de sus aspiraciones.

Antes de pasar adelante quiero recordar un significativo incidente social-político de hace cincuenta y tres años. Comían en la mesa de un ambicioso, pero modesto, restaurante en Bogotá varios extranjeros y un colombiano. Entre los forasteros figuraba un saxoamericano, cuyo origen alemán era fácilmente perceptible por la manera como pronunciaba la "Th" átona del idioma inglés. Hablando de los tópicos movidos a esa hora por la curiosidad pública, alguien tocó las posibilidades de una guerra entre España y Estados Unidos, a causa de la situación en Cuba. En el curso de la conversación, un caballero inglés de nación, pero ciudadano de Estados Unidos, le preguntó al alemán americanizado cuál

sería su actitud en caso de una guerra entre España y Estados Unidos. El Káiser se había expresado en favor de España. La pregunta creando un ambiente embarazoso suscitó un momento de silencio, al cabo del cual el interrogado, golpeando la mesa, trató de descortés la pregunta, y a su turno inquirió: "¿Por qué se me pregunta eso? Soy americano naturalizado en Estados Unidos y cuando la nación a que pertenezco demande mis servicios como ciudadano para la guerra o la paz, estoy dispuesto a ofrecerlos sin limitación alguna. ¿Cree usted que porque no pronuncié el inglés con la debida corrección no atenderé al llamamiento de la patria en horas de calor o sacrificio?". La discusión paró en silencio y se desvió a temas indiferentes.

El autor de estas líneas recordaba este pequeño incidente cuando en 1917 se llenaron de alemanes, naturalizados o nacidos en Estados Unidos, muchos campos de concentración en aquel país.

En el año de 1880 o poco después a causa de la abundancia con que los orientales de Asia, chinos y japoneses principalmente, empezaron a emigrar a Estados Unidos al favor de las leyes recientes sobre la materia, hubo en California matanzas de asiáticos que con su presencia hacían bajar los salarios de obreros y agricultores. Este fué el origen de la frase peligro amarillo. Los homicidios colectivos no disuadieron a los japoneses y chinos de habitar en el país y hacer venir a sus connacionales. Naturalizados o no, permanecieron en el país y vieron a formar agrupaciones no lejanas del millón. Cuando el incidente de Pearl Harbor, los japoneses nacidos o naturalizados en Estados Unidos tuvieron que ir a residir, completamente aislados del resto de la población de la Unión, en una ciudad edificada expresamente por el gobierno para alojar allí a los americanos de origen del Imperio del Sol Naciente.

Estos dos episodios enseñan que el sentido nacional, la capacidad de emocionarse con intensidad frente al peligro de la nación donde se ha nacido o donde moran las tumbas de los antepasados, es más fuerte que la necesidad de cambiar de paralelo o de meridiano en busca de mejores condiciones de vida. Como antes se dijo, en Argentina, principalmente en su capital, la población española e italiana representaba un tanto por ciento muy elevado del total de los habitantes: peligroso vivero de fascismo.

El ejército, objeto asiduo de la atención perspicua del gobierno, era una institución de disciplina y organización alemanas. En la segunda guerra mundial, el gobierno argentino, descendencia más o menos directa del descabellado golpe del coronel Uriburu, educado militarmente en Alemania, no escondía sus simpatías por los tudescos. Como la situación de los aliados llegó a ser por años tristemente peligrosa, éstos trataron, sabiendo qué grueso volumen de la opinión les era favorable, de hacer presión sobre el gobierno para inclinarlo a favor de las democracias. El resultado fué contraproducente. Los emigrados españoles, nacionalizados o no, eran en su mayoría franquistas. Habían sido radicales en tiempo de Irigoyen. Los italianos eran también abultadamente fascistas. Los alemanes del ejército, de las industrias, del comercio, eran... alemanes. Al terminar la guerra florecía una prevención latente, pero fácil-

mente explosiva, del gobierno y de los grupos mencionados contra las ideas que se dieron por triunfantes en 1945. Ese estado de espíritu, en una serie de evoluciones que sería largo describir en una de las cuales falleció inesperadamente un hombre de bien llamado Ortiz, presidente a la sazón y verdaderamente republicano, ese estado de espíritu y la confusión reinante, auxiliados por el fascismo de los inmigrantes de varia pluma, como se ha dicho, favorecerían a Perón, a quien se juzgaba y se juzga de origen italiano (Peroni), para hacerse oír de las multitudes como vocero del pueblo, según lo hicieron a su tiempo en otras comarcas un maestro de escuela llamado Mussolini y un pintor de brocha gorda, de cuyo nombre no hay para qué acordarse.

El señor Perón ha servido su tiempo. Es posible que, como Irigoyen, ocupe el sillón de mando en un segundo período. Con los métodos de fuerza y de confiscación, él puede ofrecer al pueblo fasci-nazista más de lo que no quiso ofrecer Irigoyen, pero está probado que en este camino hay más solicitantes que posibles dádivas y más aspirantes que concesiones. Basar el dominio de los hombres en lo que se les puede ofrendar materialmente, es confiarse a la mar en un frágil leño de velas dehiscentes. La unión política verdadera se funda en ideas, con la esperanza de realizarlas o ponerlas en práctica.

Las multitudes son volubles, mucho más las que están ligadas tan sólo por un interés material inmediato. Las multitudes son inconstantes, y las argentinas por su abigarrada constitución étnica y por sus nexos con gentes de varias nacionalidades, en cuya incorporación al tronco nacional esperan los políticos criollos, son especialmente inseguras y caprichosas, como se vió en el caso de Irigoyen y en muchos otros de la agitada historia rioplatense. Con estas ideas en la mente se debe juzgar el mérito del cabildo abierto en la calle más ancha del mundo trazada recientemente en Buenos Aires.

Hay más aún: se puede por días o por años captar la voluntad de las turbas con dádivas arrancadas al patrimonio común o a la propiedad particular de los ciudadanos por medio de leyes más o menos hábilmente obtenidas de legisladores complacientes o de situaciones de excepción, pero no se puede mantener así para siempre popularidad fundada en el deslumbramiento pasajero de la opinión o lograda con la habilidad malabarista de conocidos prestidigitadores. En su mismo origen lleva esta popularidad el germen de su disolución.

B. SANIN CANO

Una suscripción al *Rep. Americano*  
la consigue Ud. en Chile, con  
**GEORGE NASCIMENTO y Cia.**  
Santiago, Casilla Nº 2298.

—o—

En El Salvador, con el  
**Prof. ML. VICENTE GAVIDIA**

Una suscripción al *Rep. Americano*  
la consigue Ud. con  
**Matilde Martínez Márquez**  
LIBROS Y REVISTAS  
Avenida Los Aliados Nº 60  
Apartado Nº 2007  
Teléfono FO-2539  
La Habana, Cuba

## Noticia de libros

(Véase la pág. 192).

Editado y distribuido por el Fondo de Cultura Económica, en México, D. F., este folleto:

*Las Casas historiador.* Estudio preliminar a la *Historia de las Indias*, por Lewis Hanke.

Reproducimos la siguiente tarjeta:

Con motivo del IV Centenario de la lucha librada por Fray Bartolomé de las Casas contra la tesis de que el concepto aristotélico sobre la esclavitud natural debería aplicarse al indio americano,

\*

LEWIS HANKE

tiene el agrado de enviar a usted un ensayo intitulado

*Las Casas, Historiador*

Desde el 1º de julio de 1951, Lewis Hanke tiene establecida su residencia en

University of Texas

Austin 12, Texas, U.S.A.

En dicha institución ocupa el doble cargo de Profesor de Historia y Director del Instituto de Estudios Latinoamericanos, en el que se ofrece a usted atentamente.

✕

Luis Mejía Vides: *La estrella en el abismo.* Poesía. San Salvador, El Salvador.

En tres partes: Autorretrato - El poema de la sangre - El aprendiz de Dios.

Se leen con gusto estas meditaciones poéticas breves.

"Escribo versos cuando sangra mi corazón y algo tengo que dar: una chispa en la sombra."

## El cordero degollado

Colaboración de Víctor ALBA

Iba en un carro que avanzaba lentamente, al paso pafante de toda la caravana, arrastrados por la vida diaria, ruidosa y lenta, El carretero era un viejo jardinero de las afueras de la ciudad, y con él llevaba a su nuera, a un niño de pecho que dormía todo el rato, a los padres de Javier, a éste y a un perro lobo. ¿Dónde habría encontrado aquel carro, el padre de Javier?

—Mira, madre, por fin vamos en nuestro barco de la Buena Suerte.

La caja del carro tenía sin duda el movimiento de vaivén de una barca, pero la mujer se preguntó qué podía haber en lo demás para sugerir al niño aquella idea.

¡El Barco de la Buena Suerte! Había sido el tema de todas sus charlas, durante muchos meses y ahora, desde que comenzó la guerra, no pasaban atardecer alguno sin hablar de él, cuando estaban a solas, sentados detrás del balcón, mirando el paisaje de tejados pardos, esperando que sonasen las sirenas.

¿Buena suerte, dejarlo todo atrás? ¡Si por lo menos fuera para ir a alguna parte!

Indiferente a lo que pensara su madre, Javier se sentía marinero en el barco de la Buena Suerte y no le desagradaba que el viejo jardinero, fuese el capitán, el timonel, con las mugrientas riendas de cuerda en la mano, guiando al rocín de orejas gachas y que parecía avanzar encogiéndose de hombros, cual si para él no rigiese el instinto de conservación —algún nombre hay que darle— al cual obedecían todos aquellos millares y millares de personas, de autos, de caballos, de bicicletas... hasta incluso los aviones que de vez en vez caían como una línea desde lo alto y dejaban un reguero de gritos y estampidos entre la multitud inmovilizada por un instante, incapaz, en la densidad del número, de echarse a la cuneta para resguardarse.

Desde hacía horas tenía delante el camión verde con la capota echada, por la cual asomaba un somier y la cabeza rubia de una mujer. Un poco más allá, un triciclo de esos con un carretón delante, que ahora, en vez de repartir pan o leche, llevaba un par de maletas y una anciana acurrucada debajo de su cofia de randas negras. El sudor volvía gris la espalda de la camisa del muchacho que pedaleaba sin volver la cabeza, obsesionado por la mancha polvorienta de un recodo de la carretera, allá muy lejos y muy arriba.

Y ese diminuto auto de dos plazas que arrastraba, atado al neumático de recambio, un carretón de dos ruedas lleno de cachivaches. Y una muchacha a caballo, sentada casi sobre los muslos del jinete, sonriendo al ver a la gente desde tan arriba... La muchacha se había quitado los zapatos, que pendían del arzón, y tenía los pies hinchados, deformes, con las medias pegadas a la piel a trechos cubiertas de una negruzca costra.

Javier bajaba de vez en cuando, sin que nadie le dijera nada. Deslizábase por entre el carro y ese asnillo con alforjas atestadas que iba al lado, echaba una ojeada al caballo —tenía un costurón en el vientre, una raya curva rojiza, sin pelo—, y se perdía, reaparecía, corría atrás y adelante, como un gozquecillo a los ojos de su madre, como

un nadador heroico a sus propios ojos, un nadador que se sumergiera en el río inmóvil.

Javier no veía el pavor más que en la libertad con que le permitían ir suelto, pero no acababa de comprenderlo. Los aviones —uno o dos, muy rápidos—, le dejaban un momento con el aliento retenido, a punto de estallar el pecho.. ¡tantas charlas de la escuela hechas realidad en aquel momento en que el único ruido venía de lo alto, cual si fuese el jadeo de un dios sin cataclismos!

Pero, en fin de cuentas, Javier se sentía libre, y el miedo y la distracción de su madre, y los sustos se le aparecían confusamente como el precio de esa libertad.

Vuelve a subir al carro.

—Te llevaré en un barco, muy lejos, y allí no tendrás que ir a la compra... —le decía a su madre, muchas veces. Ahora iban en el barco. Poco importaba que no lo pilotase él. En eso no paraba cuenta. Pero en lo que sí se fijó, fugazmente, fué en que su madre no le picó los dedos cuando delante de ella, sin pensarlo, se mordió las uñas y se hizo sangre arrancándose una pelleja con los dientes. Y no oía su voz —¡Javier!— balanceándose en el aire como una campanilla cascada por el enojo.

Realmente, era el barco de la Buena Suerte.

Al atardecer va aclarándose el camino. Muchos fugitivos se meten en las casas de campo, otros asaltan las posadas de los pueblos o bien siguen carreteras laterales, para escapar de los aviones.

En un cruce, la caravana se bifurca para reunirse luego, dejando en medio, como un islote, un auto destrozado, incendiado. Toda la carretera está llena de restos carbonizados y en el campo cercano se ven unos hoyos con la tierra todavía fresca, rojiza.

—Bombas—dice la gente al pasar.

Más allá, un grupo de soldados —panzudos, con calva o con lentes— cavan lentamente, abriendo zanjas al pie de una ladera. La gente los mira y ellos contemplan a la gente con ese gesto pesado del que trabaja a la fuerza.

—¿Ellos no huyen?—se pregunta Javier.

Y les tiene lástima, como al salir de la

escuela, por la tarde, tenía lástima a los compañeros que se quedaban castigados a copiar cien veces la frase "Mañana estudiaré la lección", con lo cual ya se creían excusados de estudiarla.

Bien había oído hablar de huida, de enemigo, de bombardeos... palabras, para él. Pero aquellos hombres atados al pico como a una ancla clavada en tierra, mientras los demás huían, hicieron nacer en su fantasía una luz nueva, gris y mate. No, el barco de la Buena Suerte no era para ellos. ¿Por qué?

Ahora ya se veía bien el campo, a ambos lados de la carretera. Lejos, la línea rojiza de un canal en el que el sol reflejaba su cabellera taheña, antes de acostarse. Luego, para acá, unas casas blancas, unos almendros flácidos, con las ramas cargadas, caídas, como rendidas por el peso. Y al otro lado —a la orilla izquierda—, un cerro coronado por unos cuantos árboles, harapos de vegetación erguidos súbitamente por un pavor contagiado, implorando no se sabía si a Dios o a los aviones.

Después del recodo, un pueblo: arcilla, tejas rojas, campanario de piedra y el puente sobre un inesperado precipicio.

La gente se desparramó por las cinco o seis calles, llamó a las puertas cerradas — los lugareños se habían cobijado en sus casas, quizás por miedo a verse arrastrados por el terror, quizás pensando en la artesa y el granero.

El barco de la Buena Suerte se detuvo en una plazuela, delante de un ancho portal con poyo de piedra alrededor de una acacia. Otras acacias temblaban de sorpresa, ensordecidas por los gritos.

El padre de Javier saltó a tierra, a parlamentar con los dueños de la casa. Esta se hallaba algo apartada del pueblo y gracias a esto ellos habían sido los primeros en descubrirlas. La puerta se entreabrió y por entre las dos batientes que gruñían apareció la cabeza rubicunda de un jayán con blusa negra.

Eso lo vió Javier desde debajo del carro, donde estaba desatando al perro. Este escapó, impaciente por sentirse libre de la cuerda, y se metió por la puerta entornada.

En el zaguán había un largo abrevadero y Boby —el perro—, hundió el morro en el agua.

—Vaya perrazo... Parece un pura raza— admiró el labriego.

—Sí. Tiene catorce meses... Ahora está cansado...

Gracias a Bobi y a su cansancio, la puerta se abrió del todo para los fugitivos.

\*

Habían ido a pasar el final de la tarde en una era cercana. Después del bullicio apresurado de la jornada, ahora todo estaba silencioso.

Junto a la era un hórreo con los muros cubiertos de uvayema y más allá un aula-gar del cual la brisa traía a bocanadas el humo invisible de su blando aroma.

Cuando trajeron el cordero que debía matarse para dar de cenar a todos, cerca de Javier una madre agavilló a su pequeño con gesto de cariñoso fastidio. Las mujeres ya no tenían esa sonrisa forzada de las despedidas, con la cual, durante la huida, habían intentado animarse, sino que, por un rato, se permitían imaginar haber llegado.

La mujer narraba, en medio del grupo,

## Historia social

*Estoy preparando, para una editorial francesa, una Historia del Movimiento Obrero en la América Latina. Como la bibliografía sobre el tema es escasa y difícil de localizar, agradeceré a los autores de libros, folletos y artículos sobre el movimiento obrero en los distintos países, conflictos, dirigentes, huelgas, partidos, ideología, sindicatos, etc., que me envíen sus obras o recortes o la indicación de donde pueden encontrarse. Muchas gracias.*

Víctor Alba

Lancaster I

México 6 D. F. — México

que habían encontrado un auto despanzurado por las bombas, abandonado.

—Vimos muchos cuajarones de sangre en los asientos y un sombrero de hombre con pelos pegados en el interior... en la badana...

Y de esto pasó a hablar de lo absurdo que es llevar sombrero. De lo perjudicial que es para el cabello...

El marido, entre tanto, se había llevado aparte al dueño de la casa y, de espaldas al grupo, le alargó un cigarro. Javier, recogiendo ramitas de espliego con flores azules, oyó como le advertía:

—No diga que se lo he dado yo... Me quedan muy pocos... Los encontré en el auto ese —señalando con la cabeza a su mujer—. Yo no fumo, pero pensé que en momentos así siempre conviene poder obsequiar a...

De la carretera llegó el tumulto metálico de una caravana de camiones. Sólo se veía la polvareda, que luchaba con la luz en decadencia y luego caía vencida, sobre los trigales ya rubios.

De repente se hizo el silencio.

Hasta los gañanes muy jóvenes que habían estado amontonando chamarasca para asar el cordero, irguiéronse, brazos en jarras. Un chico con la cara llena de granos sujetaba al animal, panza arriba sobre caballete, mientras otro jayán le ataba las patas dos a dos.

Era un ternasco nervioso, blanco con manchas negras.

Javier estaba saturado de curiosidad. Cobijóse al lado de su madre y preguntó:

—¿Ahora van a matarle?

—¡Claro!... Pero no mires.

—Es mi hijo —anunció satisfecho el dueño, refiriéndose al jifero.

Y se extendió prolijo, en elogios al muchacho. Estudiaba en el instituto, pero antes le hizo aprender "las cosas del campo, que le dan el puchero".

Fusieron un balde debajo del cuello del cordero, para recoger la sangre. El estudiante agarró al animal por el morro, con una mano, y con la otra apuntó el cuchillo y lo hincó rápidamente, apoyando en el mango todo el peso de su cuerpo sudoroso.

La sangre empezó a salir y, de un gesto, el cuchillo bajó marcando un corte entre la lana. La sangre caía chapoteando en el balde. Una muchacha espigada y vestida de negro se acercó, llenó de sangre un vaso y lo bebió a pequeños sorbos precipitados y ruidosos—ruidosos en el silencio que no quebraban los estremecimientos del cordero.

—Es la tísica—dijo alguien.

A contra luz, Javier veía un ligero vapor escaparse del vaso pegado a las fauces de la rapaza. Las sienas le batían, como si en sus venas hubiera entrado toda aquella sangre cálida, brillante, deslumbradora...

De repente, el cordero, en un estertor, se soltó y cayó al suelo.

Hubo un grito.

El matarife no se atrevió a tocar al animal. Este pateó y casi se puso de pie, pero sus patas atadas no le sostenían. Volvió a caer en el charco de su propia sangre. Y ya no se movió más.

Hasta transcurrido un rato no lo recogieron.

—¡Pobrecito!—chillaban las mujeres, enternecidas—. ¡Pobrecito! ¡Cómo le hace sufrir, este bruto!

Algunas se taparon los ojos, de momento, o se volvieron de espaldas.

—Si hubiese sido un soldado, habría quedado indultado—explicó un veterano, recordando los artículos de las ordenanzas aprendidos de memoria veinte años atrás—. Si no estira la pata en la ejecución, queda indultado.

Javier estaba asombrado, inmóvil. Cuando vio que comenzaban a quitar el pellejo del cordero, tiró de la falda de su madre.

—Oye... ¿por qué os daba lástima, ahora?

La madre le miró, estremecida todavía:

—¡Calla! Parece mentira que puedas decir estas cosas. ¿No te daba lástima, a ti?

—Sí, pero más cuando le han clavado el cuchillo...

El estudiante quiere desquitarse de su fracaso como matarife y despelleja al animal con maña. Ha abierto un boquete pe-

queño en la punta de una pata y sopla por él, congestionado, granate el rostro mofletudo, y la piel se va hinchando, las piernas se atiesan... El cordero parece cobrar nueva vida. Entonces corta la piel a lo largo. Así se sacará intacta. Todo tiene su valor. Se ha restablecido ya el ambiente de fiesta campestre. Mañana... La carretera sigue en su sitio.

El dueño de la casa da unas palmadas cariñosas en la paletilla de su hijo y Javier no sabe si envidiarlo. Mascando un tallo de hierba, mira distraído hacia el cielo.

En un rincón, entre cuatro estrellas aburridas, la luna brilla cual una tajadera recién afilada.

México, D. F., 1951.

## Partir, círculo vicioso

(Es un recorte de *La Vanguardia Española*. Envío de la autora)

"Partir, dice el adagio, es morir un poco". Un poco de muerte es un mucho de desgaste. Partir tiene, en efecto, tanto de desgaste como enriquecimiento. Al proyectarnos hacia afuera se produce un vacío general en nosotros; pero únicamente proyectándonos nos es posible sentirnos plétóricos de todo.

Porque jamás poseemos verdaderamente otra cosa que lo que damos, porque jamás nos llevamos cosecha a nuestro espíritu que no haya sido semilla en nuestra sangre, dar es tanto como sembrar y recolectar. Misérrimo aquel que tiene sus arcas intactas. No hay indigencia mayor que la riqueza sin cauce y sin corriente, que el bien sin dirección al gran océano de la vida, donde todo se pierde y donde todo se gana. El mundo está abierto a lo que se extravierte, el mundo se recibe por antenas y tentáculos que antes, por su misma receptividad, se ha entregado al mundo. Dar es recibir, no sólo en buen estilo moral sino en buena lógica. Para que algo llegue a nosotros ¿conoce alguien otro procedimiento que el de ir a lo que queremos que nos llegue? Esto es *hallar*, lo demás es localizar simplemente.

Hallar, la facultad de hallar, depende estrictamente de nuestra facultad de proyectarnos. Y proyectar es una forma de alimentación a distancia, un buscar más lejos las substancias que hemos agotado a nuestro alrededor por comodidad, o que no hemos hallado por no existir o no haberlas sabido encontrar junto a nosotros. Existe, aplicable a este punto, un pensamiento muy sutil de Hebbel. Dice así: "Si un árbol, hasta en el terreno es malo, perece, es porque no ha hincado sus raíces bastante hondas. Toda la tierra es suya".

Toda la tierra es nuestra. Proyectarse idealmente, o proyectarse de una manera material, es una disciplina de vida pero, como todas las disciplinas, está regida no solamente por nuestra voluntad, sino también, y sobre todo por nuestra vocación.

Viajar es una de las formas de proyectarnos; tal vez una de las más provechosas y seguramente una de las más bellas. Pero, se argüirá, no viaja todo el que quiere. Lo que sí ocurre es que no viaja todo el que puede. Es incluso frecuente que los que en mejores condiciones materiales se encuentran para *verterse* por los ámbitos del mundo sean los más remolones y flojos para ponerse en marcha, los más afectados de una oxidación del espíritu que hace que cada uno de sus movimientos sea tan cruel como los de un gotoso. "Pero ¿hace falta el espíritu para trasladarse de un lugar a otro?", habrá quien pregunte. Para trasladarse, no, pero para viajar indudablemente sí. ¿Qué viaje es viaje si se olvida el espíritu en casa? Es tanto como olvidarse el pasaporte.

Viajar no es tanto desplazarse de una tierra a otra como encaminarnos a lo que llevamos dentro: la curiosidad, la inquietud, la avidez de un alma porosa a los paisajes, a las cosas, a los rostros nuevos. Viajar es un círculo vicioso, y sólo viaja el viajero. Yo conozco una dama gran viajera en su juventud, a quien las circunstancias han negado ahora las grandes excursiones turísticas. Pues bien, esta dama sigue viajando... sin moverse de la ciudad donde reside. Su inquietud andariega la lleva de un lado a otro de la ciudad, hacia los barrios más extremos, hacia los lugares más infrecuents y desconocidos para ella. Y los recorre con el mismo ávido espíritu de entrega, con el mismo afán de descubrimiento y revelación que si fuesen los más exóticos lugares de la tierra. Este es el caso del viajero nato, del viajero puro. ¡Decidle a un viajero de este tipo que viajar es difícil, complicado, costoso! Sea como sea, en una forma u otra, viajará siempre. El viaje está en él; está en su substancia física y en la carne de su espíritu y *se producen* mutuamente, en un acaecer recíproco.

Viajar es, pues, esencialmente, la aventura de perderse con la seguridad de volverse a encontrar. De volver a encontrarse a uno mismo y en el mismo ambiente, en el mismo mundo que dejó. Si partir es proyectarse, el mayor placer de partir es el de contar con el regreso a lo familiar, en el mundo intacto de la recuperación. Es la casa cerrada que vuelve a abrirse, con la vieja vida, la vieja historia, el viejo ritmo del tiempo sin rotura de su continuidad

**STECHERT-HAFNER, Inc.**

Books and Periodicals  
31 East 10th Str.-New York 3, N. Y.

Con esta Agencia puede Ud.  
conseguir una suscripción al

**Repertorio Americano**

# REPERTORIO AMERICANO

Teléfono 3754  
Correos: Letra X  
J. García Monge  
En Costa Rica:  
EDITOR  
Sus. mensual \$ 2.00

## CUADERNOS DE CULTURA IBEROAMERICANA

...“y concebí una federación de ideas,” — E. Mía de Hostos.  
El suelo nativo es la única propiedad plena del hombre, tesoro común que a todos iguala y enriquece, por lo que para dicha de la persona y calma pública no se ha de ceder ni fiar a otro, ni hipotecar jamás. — José Martí.

“Bárbaros, las ideas no se matan”, repitió Sarmiento  
Desgraciado el pueblo cuando el hombre armado delibera.—Bolívar

EXTERIOR:  
Suscripción anual:  
\$ 5 dólares  
Giro bancario  
cobrable en los  
EE. UU.

pero con el gran calderón luminoso de la ausencia andariega. El mayor atractivo del viaje estriba en esto: en alcanzar lo nuevo sin perder lo antiguo. El temor a no hallar las cosas, al regreso, tal como se dejaron, de no recuperar el clima y el significado que tales cosas crean y que es lo que hace de una vida lo que esa vida precisamente es, y no otra, mustiaría todo el ale-

gre y despreocupado prestigio del viaje y espumaría las más irisadas burbujas de su placer. Sin la confortadora perspectiva de cerrar el círculo en su punto de partida—la patria, el hogar, la existencia habitual—el viaje no es viaje, es emigración. Y la emigración es el reverso del deleite.

Elisabeth MULDER

Barcelona, 1951.

## Noticia de libros

Índice y registro de los impresos que nos remiten los Autores, las Casas editoras y los Centros de Cultura.

Circula este folleto de que es autor Fausto Coto Montero: *Homenaje a Doña Amparo Zeledón*.

En la próxima Semana del Niño este cuaderno será motivo de estudio y repetición.

✱

Nos honró un día de estos con su visita y nos trajo el Lic. y Prof. Ernesto Alvarado García —salvadoreño— dos obras suyas y muy útiles:

*Historia de Centro América y Nociones de Instrucción Cívica y Geografía de Centro América*, en un volumen de 358 pp. 2ª edición corregida y aumentada. Primera parte. Tegucigalpa, Honduras, 1949.

La 2ª parte se titula: *Nociones de Instrucción Cívica y Geografía de Centro América*, en un vol. de 380 pp. Tegucigalpa, Honduras, 1949.

Muy bien informado el autor y muy hábil la presentación de los asuntos. Es libro para alumnos. Maestro de por acá que lee: Hágase de estas dos obras preciosas, bien inspiradas.

✱

Atención del noble amigo de siempre, Aquiles Certad, en la Embajada de Venezuela, Buenos Aires:

Aquiles Certad: *Tres obras de teatro*. Editorial Interamérica. Bs. Aires. 1951.

Son dos comedias: *Cuando Venus tuvo brazos...* y *El hombre que no tuvo tiempo de morir*; y un drama: *La serpiente sobre la alfombra*.

Muy bien acogida en América la obra de teatro de Certad.

✱

En las Publicaciones de la Oficina Hondureña de Cooperación Intelectual:

*Misión cultural de Washington en Honduras*. Tegucigalpa, D. C. 1951.

Hay que darse cuenta de esta visita. Como cooperación intelectual interamericana y como ejercicio de amistad. La ha patrocinado el conocido escritor y Embajador Rafael Heliodoro Valle.

(4 conferencias científicas como lectura provechosa. Los autores: Dr. Wallace H. Graham, Dr. Jacob L. Brause, Dr. Manuel Morales B. y John Dimick).

✱

Señalamos este folleto:

Federico García Lorca: *Petit theatre*. Textes recueillis et traduits par Claude Couffon. Illustrations de Dubout. Les Lettres Mondiales. París.

Nos tocó el ejpr. N° 452. Le damos las gracias al Sr. Couffon, tan amable. Sencilla y elegante la edición.

Contenido, en español y en francés estas 3 piezas breves: *La doncella, el marinero y el estudiante* y *Quimera* y *El paseo de Buster Keaton*. 3 trabajos inéditos de García Lorca. Con una Introducción muy interesante, con cariño para Lorca, en su ausencia. Y presente en la revista *Gallo*.

Escritores de estas patrias hispanoamericanas, pónganse en contacto con un francés tan fino y preocupado de nuestra cultura. Señas: Claude Couffon.

20. Rue Cardinal Lemoine.  
París. 5e. France.

✱

Mucho agradecemos este envío:

Un folleto: Félix Lizaso: *Cosme de la Torriente*. Un orgullo de Cuba. Un ejemplo para los cubanos. Comisión del Homenaje Nacional. La Habana. 1951.

y este magnífico *Libro Homenaje al Coronel COSME DE LA TORRIENTE en reconocimiento de sus grandes servicios a Cuba*.

Tuvimos la suerte de conocer a don Cosme de la Torriente en Ginebra, en la Sociedad de Naciones y en 1935. Nos quedó de él la más grata impresión. Sencillo y amable, se acercó a darnos la mano efusiva. Nos adherimos a este homenaje tan merecido, y que honra en mucho a los cubanos preocupados que lo han promovido.

✱

Como envío de la Oficina Hondureña de Cooperación Intelectual, Tegucigalpa, D. C.,

## ENTÉRESE

Los autores latinoamericanos que quieren vender sus libros a Universidades o instituciones culturales de los Estados Unidos, pueden dirigirse a

## RÓMULO TOVAR

en 909 SO, New Hampshire Ave.

Los Angeles 6. California.

También se desean corresponsales en materias jurídicas latinoamericanas en los países del Continente y se ofrecen informes sobre asuntos de esa índole.

Honduras:

*Embajada Cultural de Honduras a Guatemala*. 1950.

Ilustra y explica este folleto una labor cultural ejemplar de acercamiento entre Honduras y Guatemala.

✱

Lo presenta en muy buenos términos, Rafael Heliodoro Valle, desde Washington, D. C. Se trata del poeta mexicano Gabriel López Chiñas y su poema: *Canto del Hombre a la Tierra*

*Te veo, ¡oh Tierra!, convertida en un inmenso pan*  
para la humanidad inmensa.

A todos te entregas y a nadie prefieres.

¡Veo cuán amorosamente te prodigas!

Cómo en tu pecho prepotente,

clavada por siempre eternamente va

[flotando,  
kilométrica cabellera de mujer o de cometa,  
la bandera de la paz.

Veo cómo tú misma ¡oh Tierra!, tremolas  
[en el espacio  
cual gigantesca bandera de paz.

Con el autor: Anémona 14

Col. Tlaltico, México 16.

México, D. F., México.

✱

Atención del autor que mucho agradecemos:

Manuel F. Jiménez: *Intervenciones públicas*. 1951. San José, Costa Rica. Imp. La Nación.

Compilaciones de valiosos testimonios políticos y económicos. En la que hay el saber y la honestidad y el crédito de todos reconocidos en el autor. Este folleto es de los que han de leerse ahora y serán leídos más tarde; el país va a tientas y es necesario que le expliquen bien las cosas. Los farfantes de la política brincan en esta época de mentiras que atravesamos.